

Predicar en el desierto y otros cuentos utópicos y distópicos



Antología Literaria Ilustrada
Mayo 2020

PREDICAR EN EL DESIERTO Y OTROS CUENTOS UTÓPICOS Y DISTÓPICOS

Antología Literaria Ilustrada

Coordinación

Pablo Nacach

Antología realizada de manera telemática en el mes de mayo de 2020, durante el Estado de Alarma decretado por la crisis del COVID-19, en el marco de los siguientes Talleres de Lectura:

Universidad Autónoma de Madrid

Vicerrectorado de Relaciones Institucionales, Responsabilidad Social y Cultura/Oficina de Actividades Culturales.

- *Taller de Escritura (Campus de Cantoblanco).*
- *Taller de Lectura “Literatura y Filosofía” (Campus de Cantoblanco, t. mañana).*
- *Taller de Lectura “Literatura y Filosofía” (Campus de Cantoblanco, t. tarde).*
- *Taller de Lectura “Literatura y Filosofía” (Campus de Medicina y Enfermería).*

Universitat de Barcelona

Vicerectorat d'Arts, Cultura i Patrimoni/Vicerectorat d'Igualtat i Acció Social.

- *Taller de Lectura “Mujeres escritoras II”.*

Universitat Politècnica de Catalunya

UPCArts/Servei de Biblioteques/Biblioteca Rector Gabriel Ferrater.

- *Taller de Lectura “El Boom latinoamericano”.*

Biblioteca Jaume Fuster de Barcelona

Biblioteques de Barcelona.

- *Taller de Lectura “Llegir és escollir”.*



Copilotxs coordinadorxs de grupo

Alejandra Díaz (UAM Taller de Escritura), Virginia Medina (UAM Taller de Lectura TM), Lara Blanco (UAM Taller de Lectura TT), Francesca Del Castillo (UAM Taller de Lectura Medicina y Enfermería), Adrià Ibáñez (UB), Amanda Verdugo (UPC), Mariona Perramon (Biblioteca Jaume Fuster)

Diseño y maquetación

Almudena Alfaro

Ilustración de portada

Alicia Arenas

Ilustración de contraportada

Lucía Yubero

Corrección

Mariona Perramon y Maria Botam

Material pedagógico no destinado a la comercialización

Contenidos publicados bajo licencia CC by – SA: Creative Commons
(Atribución–No Comercial–Sin Derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0))



Con Raquel y Olga



[ÍNDICE]

Presentación: Sale el sol se pone	<i>Pablo Nacach</i>	1
Introducción: Ficciones del ahora	<i>Claudia Benito</i>	3
Gulag	<i>Alexander Drexler</i>	5
Ilustración: Gernsback y la máquina...	<i>Mariona Perramon</i>	7
Mundo prometido	<i>Mariona Perramon</i>	9
Ilustración: Viaje especular	<i>Lucía Yubero</i>	10
Los anillos	<i>Alejandra Díaz</i>	11
Lo che sarà, sarà	<i>Almudena Anés</i>	14
La hermandad	<i>Javier Poveda</i>	15
Ilustración: Pensamiento identitario	<i>Maria Botam</i>	17
Maitines	<i>Maria Botam</i>	19
Lideresa	<i>Pavlo Verde</i>	21
Cuerpo de una mujer	<i>Amanda Verdugo</i>	23

[ÍNDICE]

Últimos días de las setas...	<i>Begoña Robledo</i>	25
Lady Macbeth del distrito...	<i>Adrià Ibáñez</i>	27
Ilustración: Reclamo	<i>Alicia Arenas</i>	29
No hay vida en el polígono	<i>Bera Villavicencio</i>	31
Allí donde el cielo es rojo	<i>Miguel Rubio</i>	33
El pueblo de las puertas...	<i>Jorge Burón</i>	35
Una sociedad encerrada...	<i>Natalia Callado</i>	37
Sin horizonte	<i>Eugenia Gutiérrez</i>	39
The Chesire Cat	<i>Lara Blanco</i>	41
Ilustración: Auscultamiento a una Luna...	<i>Alicia Arenas</i>	42
Predicar en el desierto	<i>Héctor Montón</i>	43
Imaginad que tenéis alas	<i>Alexander Drexler</i>	45
Ilustración: Resistencia	<i>Maria Botam</i>	48
Ilustración: En la otra costa	<i>Lucía Yubero</i>	49

Sale el sol se pone

Pablo Nacach

«Ayer el amanecer
pilló al sol desprevenido.
La oscuridad duró sólo
un poco más de la cuenta.
Lo justo para perder
la confianza»

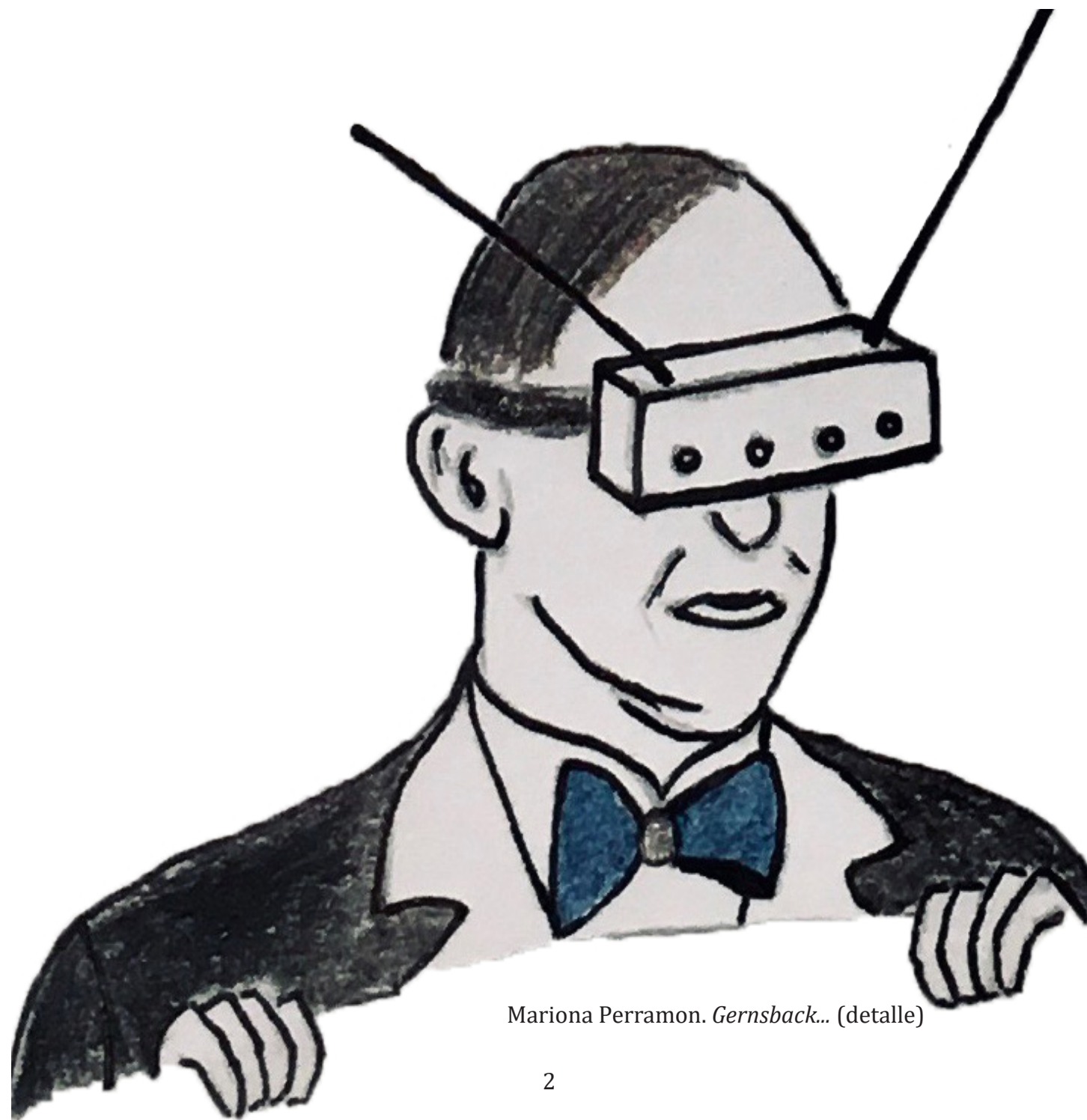
Eva Guillamón, *La luz de los hombres*

Como ocurrió con el asesinato de Kennedy o con el atentado a las Torres Gemelas, no habrá documentos desclasificados que nos cuenten lo que fue el Covid-19. Mientras tanto, tenemos que transitarlo, y transitar es pensar.

Seguimos hablando todavía de la “salida” y la “puesta” de sol —nos advertía George Steiner—, como si el modelo ptolomeico no hubiese sido sustituido, de manera irreversible, por el copernicano. No es la única metáfora vacía y gastada que habita en nuestro lenguaje —en nuestro inconsciente, en nuestro imaginario social—, telaraña encargada de atrapar a las palabras más pintadas. Nuevos esqueletos de sentido están con un pie en la tumba, y a las puertas del cementerio es posible vislumbrar el amontonamiento de agonizantes carcasas antes llamadas “Abrazo”, “Rostro”, “Presencial”, “Informar” (las vencedoras sonríen con sarcasmo: “Plataforma”, “Pantalla”, “Distancia”, “Estado”). ¿E “Individuo contemporáneo”? A Michel Foucault le reconfortaba pensar que “el ‘hombre’ es una invención reciente, una figura que no tiene ni dos siglos”. Ayer, bien puede haber sido aquella la fecha de elaboración del ser que habitamos; hoy, de las diferentes fuerzas colectivas que seamos capaces de poner en acto dependerá la forma y el fondo de su fecha de caducidad.

Fuerza colectiva visceral y transformadora por antonomasia, la naturaleza insaciable de esta Antología Ilustrada *Predicar en el desierto y otros cuentos utópicos y distópicos* es la libertad como toma de posición *propia*, escenario tan ficticio como real donde celebran su fiesta lo comunitario y lo personal.

Islote a la deriva desprendido de la flamante Revista Literaria Ilustrada *La ciudad desde la ventana*, magma volcánico del que ruedan incendiando mentes y corazones, los relatos aquí reunidos se sitúan en una línea espacio-temporal ambigua. Así, su intención declarada es subvertir los no-mejores-peores-lugares, a la vez que trastornar los jamás-infinitos-circulares-tiempos, con el objetivo de verlos acercarse y alejarlos, con el propósito de acercarlos y verlos alejarse, siempre a conveniencia y a discreción.



Mariona Perramon. *Gernsback...* (detalle)

Ficciones del ahora

Claudia Benito

Parece que cuando uno se pone a preparar una relato utópico o distópico la primera cuestión que debe plantearse es “cómo podría ser el mundo en el que me gustaría o no me gustaría vivir”. No en vano es frecuente incluir estos géneros dentro de lo que se conoce como literatura *prospectiva o de anticipación*, textos que nos permiten ensayar posibles desarrollos de lo que podría pasar. Pero no dejan de ser ficciones, ¿no? Por eso los leemos con tranquilidad y sin demasiado estremecimiento.

Estos géneros tienen unos rasgos más o menos reconocibles y reconocidos, dentro de la variabilidad ideológica y estética que se puede encontrar entre los documentos que a ellos pertenecen. Hay que tener en cuenta que, desde el primer texto que puede calificarse como utópico, la *República* de Platón, pasando por la *Utopía* de Moro, hasta la actualidad, ha llovido mucho. En cada época ha habido unos intereses distintos que han ido desviando también el foco de atención de las obras: del correcto funcionamiento del Estado se pasó a cuestiones más locales, como la pena de muerte o la injusticia de las diferencias sociales, y se han llegado a abordar asuntos tan peliagudos como las diferencias sexuales e incluso la drogadicción. Las distopías no hacen sino recoger estos intereses para ahondar en sus posibles aspectos negativos. Son la *cara B* de la utopía, vuelven sobre los mismos temas ya trillados para reinterpretarlos aportando un mayor número de matices y adornos que los despojan de su inocencia.

La popular asociación de la utopía con “un futuro bueno” y de la distopía con “un futuro malo” merece, sin embargo, una revisión. Como, a mi entender, toda la ficción, utopía y distopía nos hablan de nosotros mismos, y no suelen ser fácilmente comprensibles fuera del momento en que fueron creadas. Esto no quita para que nuestra capacidad para representarnos otros contextos sociales e históricos nos pueda permitir entender el conflicto que se desata en textos antiguos o culturalmente lejanos, pero sí que puede alterar nuestra concepción de los mismos: es lo que pasa cuando ahora leemos *Walden II*, la utopía de Skinner, y lo hacemos en clave distópica.

Pero en lo que sí influye esta forma de mirar a utopía y distopía como reflejos del presente es en el valor crítico que acumulan. Es interesante traer aquí a colación a Lewis Mumford. El sociólogo entendía la utopía como modelo “ideal” de una sociedad que prometía a todos sus miembros ese fin literaturizado del progreso. Este ideal, aunque estimulante para los esforzados trabajadores de la fábrica, puede ser analizado en términos de estatismo y estancamiento, ya que pasa por alto que el avance y el desarrollo exigirán un continuo cambio de ideales y necesidades. La ciencia ficción vino a suplementar la versión utópica, naif, del “posible presente perfecto”. Desde el interior de una maquinaria económica, social y tecnológica que avanzaba aceleradamente bajo el lema del progreso, los escritores de ciencia ficción dibujan ese presente ideal, pero aportándole además un rastro de inevitabilidad. Por eso la distopía, mayoritariamente ciencia ficción, cuando rebusca entre los retazos del ideal estático para señalar sus defectos, añade un ingrediente de desánimo. Una vez puesta en marcha la máquina, nos dice, es imposible pararla antes de que alcance este futuro accidentado.

El autor distópico (al igual que el utópico, en cierto modo) nos habla del presente y de las metas y valores con que alimentamos nuestro desempeño diario. Trata de que nos estremezcamos, de que nos intranquilemos al ver reflejado en su texto el funcionamiento interno de nuestra sociedad. Sin embargo, no recurre al alarmismo ni nos proporciona un manual de instrucciones: solo especula, observa, reflexiona. El distópico no tiene por qué ser pesimista, igual que el utópico no precisa del optimismo; ambos son críticos. Saben que es imposible frenar el curso de la historia y que el presente no cristaliza, sino que se mueve en alguna dirección. De lo que se trata es de ver en qué dirección están nuestras acciones.

En el mundillo de la ciencia ficción hay una expresión, originada por una novela de 1938 (*La legión del tiempo*, de Jack Williamson) que es la de *punto Jonbar*. Este punto es el momento de la historia en que un personaje ha de tomar una decisión que, nosotros sabemos, ramificará hacia futuros muy distintos entre sí. Escoger entre jugar con una canica o con un imán podrá guiar a nuestra civilización hacia un destino idílico o una dictadura. Seamos utópicos o distópicos, lo que hemos de tener presente es que vivimos en un continuo y dilatado punto Jonbar, ni más ni menos.



Maria Botam i Cortina. *Pensamiento identitario* (detalle)

Gulag

Alexander Drexler

Por fin fuera de gulag. Veinte años pasar encerrado ahí. Ahora no reconocer nada. La gente muy rara, las cosas muy raras. Algunos recomendar a mí ver películas. Así ayudar a comprender. ¡Qué remedio, yo ver!

Yo empezar con película muy famosa, todo el mundo decir la mejor de ciencia-ficción (yo no saber qué ser eso, pero probar). Mí sentar en butaca de cine y disfrutar.

Principio de película no entender... Salir dos máquinas hablando como si ser amigos. Haber disparos rojos y ellos huir. A chica con pelo de bollo apresar tipos que parecer máquinas pero no ser, ser humanos. Después aparecer jefe de ellos, que a mí gustar bastante, aunque tener asma.

Luego historia trasladar a desierto, donde vivir protagonista. Allí mucho calor, seguro. También estar ahí los amigos-máquina. No sé cómo ellos llegar. También haber viejo siniestro con capucha. Al final, todos ser compañeros. A mí parecer relación muy extraña.

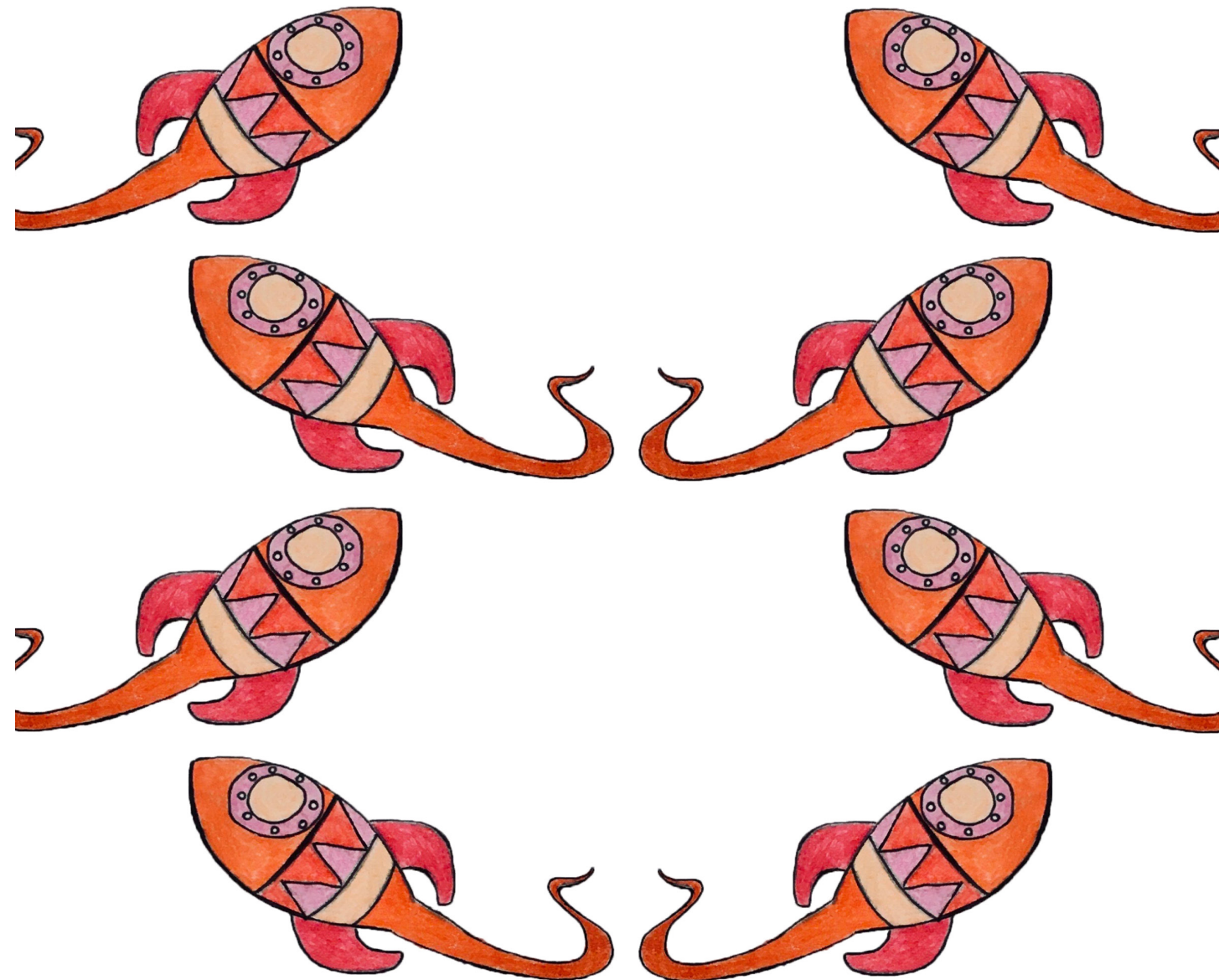
Todos juntos ir a bar y conocer un hombre y un perro-hombre. Perro-hombre no hablar, sólo gritar. Mí reír mucho, mucho. ¡Ja, ja! También hacer gracia orquesta del bar, que ser monstruitos tocando trompeta. Película empezar a gustar.

Después de eso, todos compañeros y huir de soldados blancos en coche volador. Perro-hombre conducir y enfadar, ¡ja, ja! Viejo enseñar a protagonista técnicas secretas que mí no entender. Ellos decidir rescatar princesa, que ser chica con pelo de bollo. Ella estar prisionera de tipo con asma. ¡Piezas empezar a encajar! Yo muy feliz.

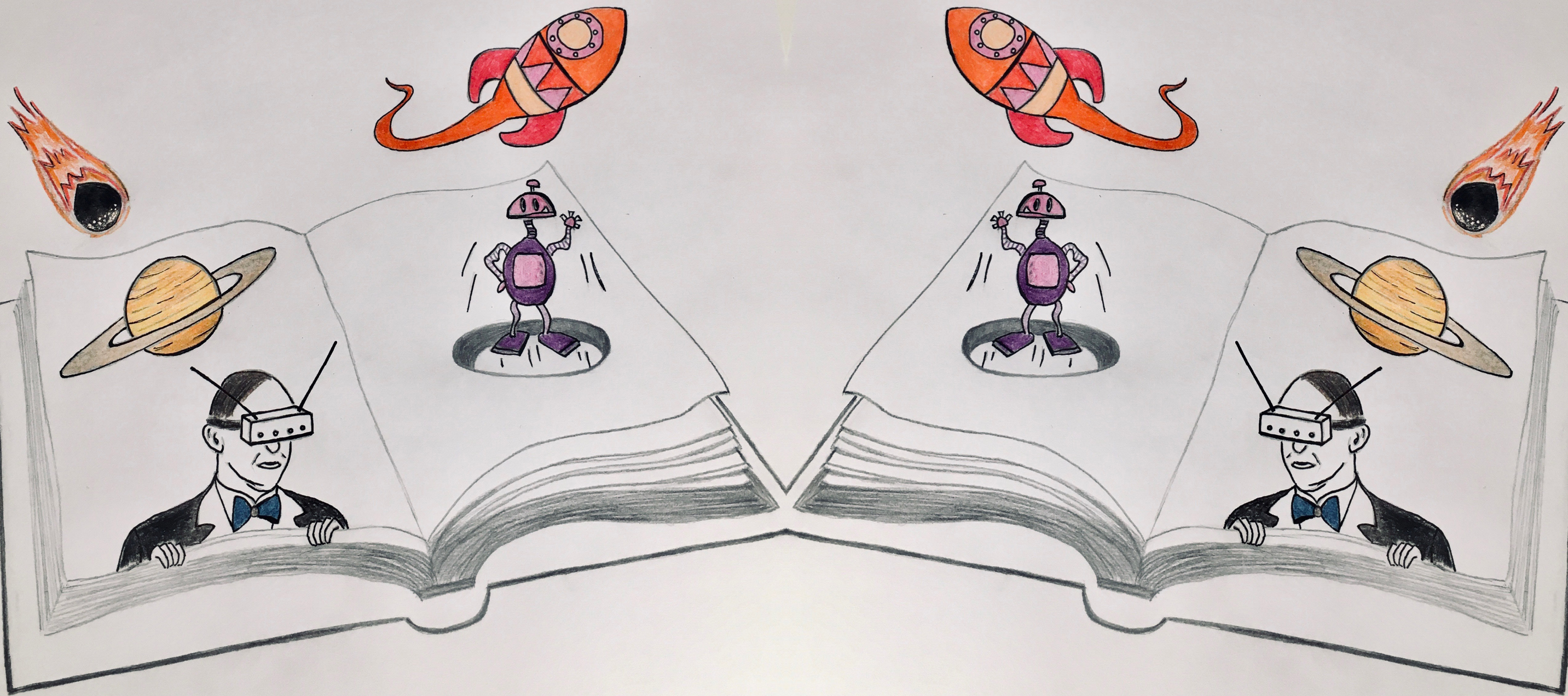
Dirigir todos a base de enemigos en el espacio, que ser redonda y muy grande. Ellos conseguir rescatar princesa, pero viejo morir en batalla de espadas de luz contra jefe de enemigos (yo creer que él morir, aunque sólo es fumar y dejar túnica en suelo). Demás escapar por pelos y refugiarse en base secreta rebelde. Allí decidir atacar base enemiga con todas fuerzas.

Todos rebeldes ir hasta allá con coches voladores y muchos morir, pero protagonista conseguir acertar disparo en pequeño hueco y base de enemigos explotar. Ellos todos victoriosos volver a base secreta, y yo pensar que jefe de enemigos seguir vivo. Eso creer. Película terminar ahí.

Yo no saber por qué existir pequeño hueco. Simplemente no comprender. Unión Soviética nunca cometer error así. Eso mucho cabrear a mí, pero en definitiva película gustar. Querer ver más ciencia-ficción.



Mariona Perramon. *Gernsback...* (detalle)



Mundo prometido

Mariona Perramon

«El mejor criterio por el que decidir si alguien se ha visto expulsado del recinto de la ley es preguntarle si se beneficiará de la realización de un delito»

Hannah Arendt

La putrefacción de todo tipo de desechos se mezclaba con la humedad intrínseca del subsuelo. La falta de contenido físico provocaba que la inmundicia no tuviera donde aprehenderse salvo en nuestras pieles. Huesos roídos y cáscaras de frutas que vierten las personas cuando sacian su apetito conformaban la fuente de nuestra subsistencia. Y aunque la superficie del Vacío era infinita, preferíamos recluirnos dentro de un habitáculo cuadrado para no perdernos en la inmensidad tenebrosa.

Primero me empeñé en encontrar a nuestros semejantes porque decían que fueron millones los expulsados de la Humanidad y en algún sitio tenían que estar. Por eso pasé tanto tiempo contorneando el recinto mientras contaba las rocas que lo delimitaban y voceaba ruidos que despertaran a los ocultos. Jamás vi a nadie, y cuando conseguí contabilizar quince mil quinientas piedras seguidas dando rodeos al perímetro, decidí no volver a hacerlo porque andar tanto tiempo enumerando me mareaba. Luego vinieron las historias que el abuelo fingía leer en un libro descompuesto. Al principio pensé que era su locura la que inventaba animales coloridos, especies voladoras o mamíferos marinos, e incluso vehículos que transportaban personas por aire y tierra, recorriendo distancias superiores a las que yo podía caminar. Pero como describía cada objeto con un detalle tan preciso y terminaba todas las historias con un «esto era el Mundo», empecé a creer en él y en la vida fuera del Vacío, fantaseando con cada uno de los personajes a quien mi imaginación daba vida. Cuando le pedí aparecer en su libro, la obsesión fue la de vivir en aquellos cuentos donde visitaba los sitios más lejanos posibles y me paseaba en barca por mares azules vestida con telas limpias. Cuanto más me frustraba al darme cuenta de que esos paisajes sólo existían en mi mente, más deseaba ir al Mundo para hablar con aquellas gentes y correr hacia todas las direcciones sin tropezar con muros rocosos.

Finalmente pregunté al abuelo cómo había caído en aquel lugar para poder salir de él. Fue arrojado al Vacío cuando la desnaturalización totalitaria le convirtió en la anomalía para la cual no existía ley alguna. —¿Qué es la desnaturalización?—interpelé. —Ser expulsado de la Humanidad—. Sólo vulnerando la ley se tenía la oportunidad de recobrar la protección de esta en el Mundo. Incluso el delincuente tenía más derechos que nosotros. Sabía que él nunca la quebrantaría porque decía que antes moriría honesto que transgresor. Pero yo anhelaba tanto entrar en el Mundo para vivir las aventuras de los protagonistas del libro, que empecé a pensar cómo delinquir en un lugar vacío como aquel. Y como no se me ocurrió ningún delito que pudiera cometer, esperé hasta que hubo un nuevo seísmo para que las rocas desprendidas enterraran mi cuerpo. Pero entonces desconocía la impunidad de tal conducta.



Lucía Yubero, *Viaje especular*

Los anillos

Alejandra Díaz

Rob recordaba con nitidez la primera vez que fue al estadio del vecindario. Tenía 12 años y sus amigos y él entraron a hurtadillas por una entrada trasera. Recordaba las risas mientras subían apresuradamente las escaleras y los carteles llenos de advertencias («Responsabilidad civil», «Prohibido menores de 13») delante de la zona principal. Recordaba como tuvieron que hacerse un hueco a base de codazos y empujones para siquiera ver el área de combate. Recordaba el olor a sudor y a una insinuación de sangre.

En cuanto tuvieron visibilidad pudieron divisar a un señor de mediana edad enzarzado en una pelea con una señora joven. Ambas caras le sonaban a Rob. Intercambiaban golpes sin llegar a acertar del todo hasta que en cierto momento la mujer fingió lanzar un puñetazo, y en cuanto su oponente se distrajo, le dio una brutal patada en el hígado. Algunos como Rob dieron un respingo, otros soltaron risotadas; la pelea había terminado. Rob estaba sorprendido, aquello se asemejaba mucho más a los combates televisados del anillo 2 que a las clases de artes marciales que tenían todos por las tardes. Mientras llamaban a la siguiente pareja, se pusieron a comentar la pelea.

—Joder, qué bueno ha sido eso—dijo Dane.

—Mi padre me ha dicho alguna vez que es un golpe muy típico, dejas a tu oponente fatal sin tener que romperle un hueso o dejarle inconsciente—comentó Sami.

—¿Y qué coño importa romperle un hueso o no?—preguntó Lu.

—A ver tío, que esto no es el anillo 2, no es plan joderle la vida a tu vecino—dijo Dane.

La conversación se interrumpió con el comienzo de la siguiente pelea. Esta vez los contrincantes eran el dueño de la frutería al lado de la casa de Rob y un joven que le sonaba vagamente. El combate empezó mucho más agresivo que el anterior.

—Este va encambrado. Debe estar jugándose bajar de anillo.

El dueño de la frutería era mayor y de complexión frágil, pero evadía con

eficacia los ataques del chico. El joven seguía atacando, incesante, casi logrando conectar una patada con suficiente habilidad para dejar a su oponente sin dientes.

—No veo a este tío perdiendo peleas, igual ha perdido puntos por el ranking en el trabajo.

Este último comentario le dio un pico de ansiedad a Rob. Tenían un examen al día siguiente que apenas había empezado a estudiar, y hace un par de semanas que Maya le había superado como estudiante con la mejor media del curso. Solo en pensar en que su familia perdería el bono de puntuación por mejor estudiante le daba palpitaciones. Debería estar estudiando, pero esto no se podía aplazar, era de los pocos días de la semana que a ninguno de los representantes de sus respectivas familias les tocaba pelear.

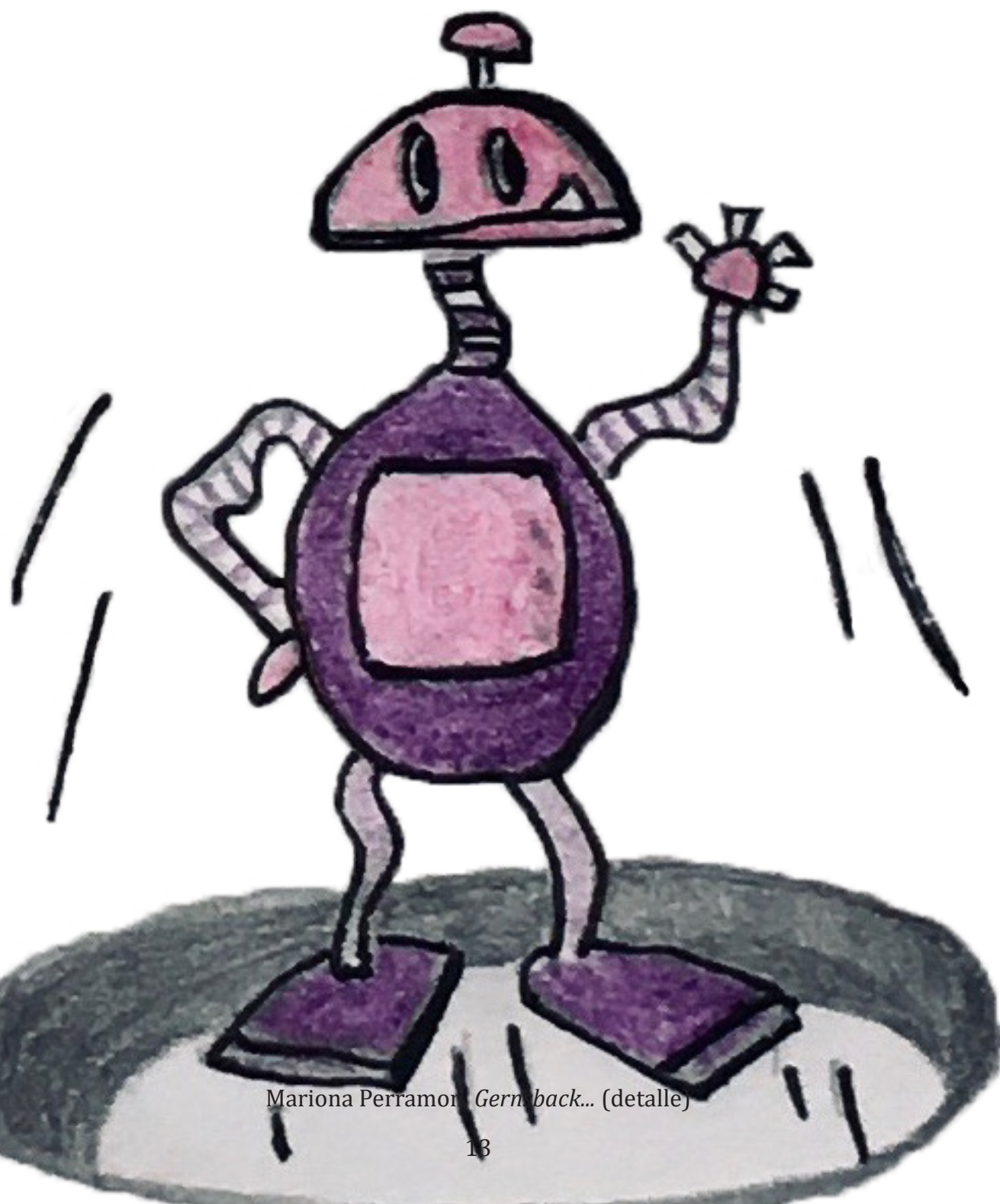
—Igual es un hijo de puta y ya está.

De repente, el joven logró posicionarse detrás del hombre y con una técnica que Rob no había visto en su vida, le partió el cuello. Pese al ruido de fondo, el sonido de huesos rompiéndose se escuchó a la perfección. Rob se mareó tanto ante aquella escena que la única laguna en su memoria de aquella terrible tarde fue qué ocurrió después de la muerte del dueño de la frutería. Recordaba vagamente a sus amigos intentando disimular el shock, preguntándose entre ellos por qué el joven había matado al hombre. No era extraño oír de vendettas familiares en un ambiente en el que te enfrentas constantemente con tu vecindario, pero Rob no podía evitar pensar en el agujero legal que resultaba de que matar en combate fuese ilegal, pero diese puntuación adicional.

Su padre siempre bromeaba que lo único que había aprendido de estudiar derecho es que el sistema de puntuaciones tenía más agujeros legales que un coladero. Rob suponía que eso tenía algo de lógica, de lo que había estudiado en clase el sistema del general Rys había sido un éxito económico y de cohesión social durante la guerra con Sardoni, pero el camino para adaptar aquellas medidas según la situación del país cambiaba, era arduo. En retrospectiva, empezaba a entender que no era un asunto fácil, el sistema de anillos motivaba a todos a dar lo mejor de sí, es difícil cambiar las cosas sin que se pierda ese empuje.

Nunca dijo nada de aquel día a sus padres. Cuando llegó a su casa lo único que hizo fue ponerse a estudiar su examen y prometerse a sí mismo que haría lo que fuese para vivir en el anillo 1 y no tener que luchar. O ganar suficiente dinero para contratar a alguien que luchase por él, aunque un salario tan bueno no lo encontraría en el anillo 10 de todas formas.

Desde que cumplió los trece sus padres empezaron a animar a Rob a acompañarlos al combate semanal, pero siempre intentaba escabullirse. Los días, como este, en el que no encontraba ninguna excusa, recordaba con aprensión aquella tarde de hace tres años. Intentó despejar su mente mientras andaban al estadio del vecindario, pero aunque se decía a si mismo que nunca les había pasado nada particularmente malo, su mente siempre añadía «Aún».



Mariona Perramon / *Gern back...* (detalle)

Lo che sarà, sarà

Almudena Anés

Hay personas que viven esperando a la catástrofe. Por tanto, no viven. Deciden no morir, que es un acto mucho más distinto y cobarde. No morir es sobrevivir, aunque tampoco, porque la supervivencia plantea algún tipo de riesgo. No morir es una nimiedad. Entre curiosidades, hay que decir que el desastre suele llegar de las formas más inesperadas. Cuantos más nervios y ansias tenemos por algo, menos probabilidades tenemos de que suceda. La mente traiciona y pone en jaque al cuerpo con los famosos dolores somáticos. Sin embargo, cuando vivimos con tranquilidad, ajenos en nuestra esfera, es el momento que elige la desgracia para golpear. Por tanto, duele dos veces: una por la fatalidad en sí; dos por no haber prestado atención.

Además, también hay una parte de orgullo malherido, de cicatriz a la que se quita la costra. Existe el terror y la ansiedad a ser descubierto, traspasado por las circunstancias y dejar de tener el control. Vivimos en la época de la transparencia. Nuestra sociedad es diáfana tanto en cuanto como oscura. Predicamos unos ideales judeocristianos mientras, al mismo tiempo, sacudimos la basura por la puerta de atrás. Y me parece correcto, pensar que todo es limpio sería empezar a creer. Las creencias son fachadas y todos somos fachadas. Por tanto, vuelvo a este término tanto conclusivo como cristalino, nuestro mundo es una mentira bien construida. Y no me parece mal, la incoherencia es una característica altamente criticada hoy en día pero no hay nada más natural como cierto que una persona que fluctúa entre sus pensamientos y sus acciones. *Doble-pensamos* todos y negarlo sería desarrollar otra creencia.

Entonces puede deducirse que mucha gente vive en un estado ideal de pre-muerte, es decir, en la pasividad del dicho “ojos que no ven, corazón que no siente”. Doble-pensamos para creer que no, desear una religión de la imposibilidad y del bienestar. Sucumbir ante las dos tierras de lo que será o no será.

La hermandad

Javier Poveda

«La utopía está en el horizonte. Camino dos pasos
ella se aleja dos pasos y el horizonte se corre diez
pasos más allá. ¿Entonces para que sirve la utopía?
Para eso, sirve para caminar»

Eduardo Galeano

Habían pasado cientos de años cuando todos los países se unieron para poder acabar con todas las injusticias que existían desde tiempos inmemoriales. Las costas del planeta fueron devoradas por los mares, así como la temperatura aumentó dos grados por encima de lo que los científicos acordaron no sobrepasar para poder mitigar los efectos del cambio climático. A partir de aquellos hechos los diversos estados del planeta crearon un estado federado mundial donde la felicidad de cada ciudadano del planeta era la prioridad fundamental del mismo.

En el seno de las Naciones Unidas se creó un parlamento con una representación equitativa. No importaba si cada estado era más grande que el otro, todos tenían igualdad de condiciones en el momento de la toma de decisiones. También se redactó una constitución de carácter mundial donde especificaba la unión de los diversos territorios del planeta. “El multiculturalismo que hemos estado buscando desde hace mucho tiempo es posible a día de hoy gracias a la creación de este gobierno supranacional que permitirá la convivencia entre todos los seres humanos en la tierra”, dijo el secretario general de la institución luego de que la Carta Magna fuera votada favorablemente por el ochenta por ciento de los estados miembro.

La tarea de administrar el estado federado no era algo sencillo. Las diversas teorías económicas y administrativas que se habían desarrollado hasta el momento de creación de esta entidad política ya no eran útiles para gestionarlo. Eliminación de la pobreza, de conflictos, y la erradicación de otros elementos que habían causado problemas a la humanidad desde que se tenía memoria eran los objetivos a cumplir. Se creó un sistema informático con una inteligencia artificial muy potente con la capacidad de poder manejar estos

puntos eficientemente. Mediante un complejo sistema de obtención de datos, captados a partir de los deseos de cada ciudadano, el sistema podía decidir que tipo de prioridades serían atendidas en un corto, mediano, y largo plazo, no sin antes tener la aprobación de la mayoría simple del parlamento. Este método fue creado para eliminar las pasiones humanas que entorpecían el debate político dentro de los estados. Que las decisiones fueran gestionados por un ordenador ayudaba a los políticos ver con más claridad las necesidades de los ciudadanos del estado mundial.

Luego de haber constituido las bases político-económicas del estado federal mundial, los políticos se reunieron para decretar las primeras medidas. Dos de ellas fueron de gran impacto para la población que mejoró el bienestar general en el mediano plazo. La primera de ellas fue decretar el salario universal unificado, la otra, la automatización de las actividades económicas. Estas dos medidas permitieron que las personas tuvieran más tiempo libre para hacer lo que les placiese. Incluso el economista John Maynard Keynes se hubiera sorprendido de que su sueño se hiciera realidad después de cientos de años. “15 horas semanales de trabajo” decía él, pero en este caso la gente dejó de trabajar.

Aquel mundo que surgió para terminar con el dolor de la gente garantizó su felicidad. Las artes, las ciencias, las letras, y demás formas de entender la realidad empezaron a surgir como nunca. La filosofía tomó una posición fundamental. Las cosas continuaron así por toda la eternidad.



Maria Botam i Cortina. *Resistencia* (detalle)



Maria Botam i Cortina. *Pensamiento identitario*



M. BOTAM

Maitines

Maria Botam i Cortina

La mañana de un martes cualquiera se llevaron a mamá y con ella los últimos frascos cuidadosamente fechados del frigorífico que yo tenía prohibido tocar. La metieron dentro de esos trajes burbuja para que nada pudiera entorpecer su virtud y llegara intacto a dónde sea que la llevaran. Todo estaba supervisado y consentido por papá y, por consiguiente, tenía el permiso de mamá, claro. Había tenido algunos años para prepararse y acostumbrarse a su deber. Yo fui testigo de todos y cada uno de esos pinchazos en el brazo a diario, de las cruces marcadas en los formularios y los despertares para cumplir con el ritual de maitines, cuando aún afuera estaba negro y papá roncaba en el piso de arriba. No entendía muy bien por qué mamá hacía todo eso que le ponía triste. Las lágrimas que le resbalaban por la cara mientras nos metíamos de nuevo en la cama para continuar durmiendo, eran los únicos fluidos que sacaba del cuerpo con ganas. Entonces me besaba en la frente y, antes de dormirme, me decía:

—Mujer es aquella que se consagra por el bien común, cuido de mi don hasta que deba entregárselo a los demás—y yo lo repetía, porque sino decían que tendría pesadillas.

No tengo recuerdos de cuando empezó todo, eso significaría que era muy pequeña —mucho más que ahora— cuándo mi padre decidió, y por consiguiente mamá, que era el momento de empezar a enseñarme. Charlotte tampoco se acordaba de ese momento. A veces lo hablábamos cuando teníamos permiso para salir cada una a su jardín y aprovechábamos para mirar nuestro trozo del cielo, mientras nos comunicábamos entre los matojos que separaban nuestras casas. Hasta nos veíamos un poco, a veces, cuando llegaba el invierno y los arbustos no eran tan frondosos. La primera vez que la vi me decepcionó comprobar que no tenía los ojos azules, como siempre me la imaginé. Pero nos parecíamos mucho, comíamos los alimentos del Señor y hablábamos con las mismas palabras. ¡Eso era una verdadera suerte!, así no teníamos problemas para entendernos.

Sé que papá y mamá me querían mucho. Siempre me dijeron que cuando yo nací fue como un regalo del cielo. Una niña. Una niña que salvaría la humanidad. Me creí especial durante largo tiempo cuando repetían ese halago hasta la eternidad y calaba muy hondo en mi corazón. Hasta que un día, jugando con Charlotte a imaginarnos qué seríamos de mayores, me confesó orgullosa que ella salvaría al mundo. Me enfadé porque eso yo lo había dicho primero y no valía copiarse. Como no se le ocurrió nada más original, dejamos ese juego inútil y no lo retomamos nunca más.

Pasábamos todos los anocheceres, cuando papá volvía del trabajo, sentados delante de la televisión, como Charlotte y el resto del mundo. Esperábamos el comienzo de los informativos, que siempre mostraba la lista de nombres de hombres, como el de papá, que habían sido bajas por el *Geneticae malum*. Después era el momento de la lista de las elegidas, nombres de mujeres, como el de mamá. En ese momento, ella siempre me cogía de la mano y rezábamos juntas por ellas.

Creo que recordaré mejor el día antes que se la llevaran que el día en cuestión. Me desperté aquella mañana porque había manchado la cama de rojo consecuencia de un inmenso dolor en mis entrañas. Algo dentro de mí se había roto como nunca antes había ocurrido. Fue papá quien me tranquilizó, porque mamá no supo hacerlo, y me dijo que esto era bueno. También recé con él aquel anochecer, después de salir el nombre de mamá en la televisión, porque ella, en esa ocasión, se quedó muda.

Cuando aquella mañana de martes vi, desde el umbral de casa, junto a papá, subirse la burbuja a la furgoneta para marcharse para siempre —aunque en ese momento aún no lo sabía—, recuerdo cómo él me puso la mano en el hombro al oírme sollozar y me dijo con total serenidad:

—No hay motivo para estar triste, mamá se marcha con su virtud a salvar la humanidad.

Lideresa

Pavlo Verde

A penas hubieron terminado el filete de tofu con verduras y llegó la tarta a la mesa, la familia de la Lideresa, finalmente reunida después de varios años, se congregó en torno a ella y le cantó el cumpleaños feliz, aplaudiendo en cuanto hubo soplado las dos velas. Sobre la superficie podía leerse un “¡Felices 75!” que poco a poco empezó a menguar hasta convertirse en retazos de nata vegetal difuminados por los escasos trozos restantes. Aquellos 75 años suponían la fecha límite que se había fijado para dejar el poder y legarlo al próximo dirigente del Partido, que sería democráticamente elegido por la militancia. Era sin duda una fecha señalada y exigía una celebración, austera y recogida, como siempre le había gustado, pero por todo lo alto. Ya había comenzado a retirar el envoltorio reciclado del primero de sus regalos cuando un funcionario entró en el comedor y se dirigió a ella:

—Señora, la requieren desde Justicia.

—¡Dije claramente que hoy no entraría en ningún despacho!—respondió la Lideresa contrariada por la impertinencia de sus subalternos, incapaces de entender la relevancia de aquel día.

—Es importante, señora, creo que son unas sentencias...

“¿Sentencias?” La Lideresa suspiró resignada y se levantó de la mesa mientras su familia le restaba importancia al asunto. Se dirigió apremiada hacia su sala de trabajo y se conectó a la videollamada del Ministerio. Al otro lado estaba el ministro de Justicia y Derechos Animales, que le felicitó el cumpleaños.

—¿No habíamos quedado en que hoy era un día festivo?

—Lo sé, señora, pero se trata de cinco sentencias de muerte, no podíamos esperar. Necesitamos su firma para llevarlas a cabo.

Sentencias de muerte: le sorprendieron aquellas palabras. ¿Cómo podía ocurrir en estos tiempos de econcienciación? Hacía un año y medio que no firmaba ninguna y el pesar que la invadía al tener que hacerlo iba en aumento con los años. Tanto era así que esta había sido una de las razones para decre-

tar su renuncia a los 75. Leyó los cargos de los acusados: tres contrabandistas de carne, una activista contra su gobierno que ya había sido detenida en varias ocasiones y un extorsionador que se las había arreglado para obtener una ración doble de su Suministro Alimentario Estatal Sostenible correspondiente durante casi una década. “Irresponsables”, pensó la Lideresa al tiempo que un escalofrío le recorrió la espalda.

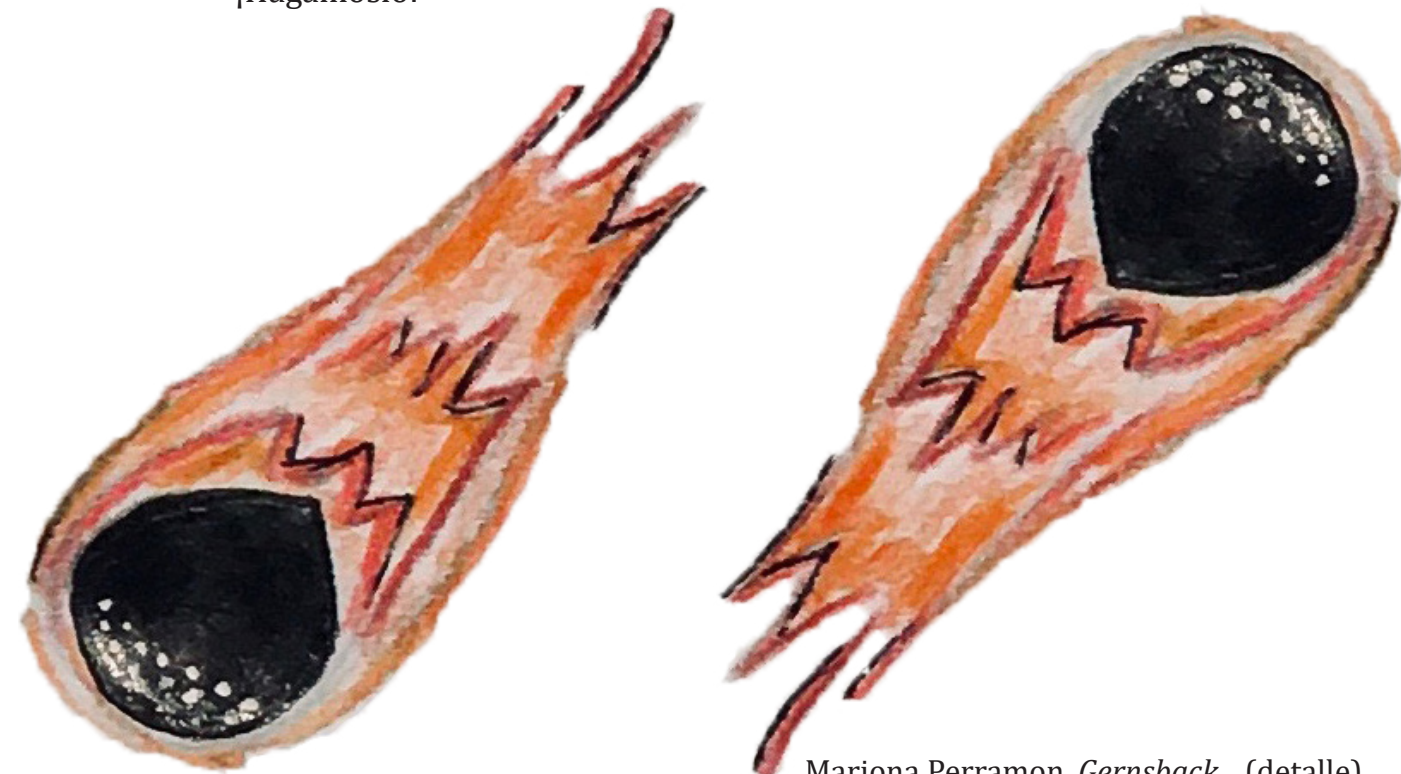
—¿Podría concederme unos minutos de respiro?—pidió.

El ministro se extrañó, pero accedió sin mayores interrogaciones. La pantalla se apagó y la Lideresa dejó su escritorio para deambular por el despacho. Observó las fotografías en la pared: la firma del Plan de Unificación Peninsular, la refundación de Sevilla (¿quién habría dicho en 2050 que el desierto andaluz volvería a ser habitable?), una visita a la Asociación de Agricultura Extensiva de Madrid... Y en el centro, su retrato oficial. Debajo de este, el mapa de la República Popular Ecoibérica, una país resucitado, una potencia verde a punto de llegar a los 20 millones de habitantes tras años de recesión, con plena sostenibilidad y orden para los humanos y no humanos... Y todo gracias a ella.

—¿Se creen que es fácil?—murmuró. ¿Que me gusta firmar esas sentencias? Lo hago por su bien... Por el de la biosfera. Algún día los pocos que aún no lo entienden entrarán en razón. Hasta entonces, espero que estas sean las últimas que firme como Lideresa.

Encendió la pantalla y el ministro apareció al otro lado.

—¡Hagámoslo!



Mariona Perramon. *Gernsback...* (detalle)

Cuerpo de una mujer

Amanda Verdugo

Es una condición terrible, la del cuerpo femenino. Es el primer pensamiento coherente que siempre se me viene a la cabeza. Solo han pasado dos minutos desde que ha vuelto a empezar todo este asunto y ya le he hecho un repaso completo a la lista de emociones negativas: vulnerabilidad, fragilidad, culpa. Basta con tomar consciencia de la existencia de mis pechos, de mi culo o de los muslos para darme cuenta de que los hombres que hay en este coche y yo no podemos pertenecer a la misma especie.

Quizá tiene que ver con eso mismo, con el contexto hostil del coche lleno de hombres, del olor a vómito y alcohol, de la ruta incierta que está tomando el vehículo... En todo caso, mi cuerpo de mujer ya no me deja sentirme persona —no soy persona—, solo hembra. Lo mejor de ser un hombre, sin duda alguna, era nunca tener que sentirse así.

Luego, renacido mujer, coinciden dos emociones de intensidad análoga: el terror y la repulsión. No era consciente del miedo que la estaba invadiendo hasta que entiende lo que va a pasar esta noche. Entonces el terror se hace presente. ¡Qué adrenalina! Pero ya es demasiado tarde, porque se detiene el coche. Abren las puertas. Me arrastran del pelo y caigo de cara contra la tierra mojada. Es una carretera secundaria. Entonces sacan el arma, las risas, los cinturones...

El asco viene ahora, cuando empieza el contacto. Nada me vuelve más mujer, por supuesto, que el agujero entre las piernas. Me lo roban. Lo hacen por turnos. Esa es casi la peor parte. La penetración resulta, naturalmente, una experiencia terrible, la peor de todas las partes de la feminidad. Al final el dolor físico y el emocional desaparecen y son sustituidos por un shock violento que hace que ella no sienta nada. Pero cuando han acabado se lo han robado todo; no soy persona ni soy hembra, no soy nada.

Hay uno de ellos que me cae especialmente mal, casualmente el mismo que decide que podríamos reconocer sus caras si sobrevivimos al incidente. Ahí viene el pánico. No he intentado resistirme mientras me violaban porque tenía la esperanza de que este momento no llegase, pero llega todas y cada una las veces. La chica llora y se resiste. Yo me quedo embobado mirando al cabecilla, que se toma la tarea con solemnidad y diligencia.

La combustión del cuerpo de mujer solo dura treinta y seis segundos. Cada uno parece un año y en él solo se siente agonía. Se oyen gritos. Al cabo de los tres segundos (a veces de los cuatro, cinco) me doy cuenta de que los gritos que escucho son míos. Nadie está preparado para tanto dolor, así que cuando acaba el segundo treinta y seis la mujer se muere. Entonces mi vista reaparece y me muestra al cabecilla frente a mí, serio. Ha tenido el tesón de quedarse a comprobar que el trabajo está terminado.

Mi castigo dura un segundo aproximadamente y consiste en mirarle simplemente a los ojos y tener la Revelación, con la que ningún sentimiento de terror anterior (violación, muerte, fuego) se compara: mirarle a los ojos y darme cuenta de que yo soy él; él es ella. Entender. Repetición trescientos seis. Mi memoria forma un recuerdo nítido de las trescientos cinco anteriores y después pierdo la consciencia.

El invento es un éxito. En el mundo desarrollado, una de cada cuatro mujeres y uno de cada ocho hombres llegará a tener el implante al que llaman “Módulo”. Algunos gobiernos lo financian, otros se oponen, pero el paso de los años abre un mercado estable para la prótesis cerebral. La operación no es agresiva y los efectos secundarios son inocuos. Basta un pinchazo en la piel para que se avise a las autoridades y la víctima empiece una grabación fidedigna de lo que está a punto de ocurrirle.

A nivel jurídico las grabaciones suponen una GRAN ayuda para el reconocimiento facial. Más tarde, el magnate que ha financiado el proyecto propondrá en los Estados Unidos su utilidad como método de condena. Quiere vengarse del violador de su hija, que llevaba el prototipo.

La ley acaba pasando y dejan de existir los condenados a muerte. Los criminales especialmente violentos cuya culpabilidad tenga una tasa de error de no más de una milésima de punto son condenados a ser víctimas de sus fechorías una y otra vez, una y otra vez. La mayoría enloquece. Otros padecen efectos psicósomáticos y mueren. En cualquier caso, la tasa de crimen disminuye en picado. La tasa de violaciones disminuye en particular.



Alicia Arenas. *Reclamo* (detalle)

Últimos días de las setas humanas

Begoña Robledo

Siento no haberme puesto en contacto en tanto tiempo. Me perdí contra mi voluntad en el bosque, pero por suerte acabé encontrando algo más interesante que el pueblo de las casas colgantes sobre el acantilado. Creo que sería una buena entrada para la enciclopedia, si alguien puede resumirlo a una columna de texto. Pero ese no es mi trabajo.

Tras pasar un día entero vagando entre árboles, hambriento y desorientado, me encontré con las setas humanas. Primero vi su pequeña cazuela humeante sobre unas brasas. Me acerqué a esa sopa traslúcida, color pantano. Olía a agua sucia. Entonces es cuando me di cuenta de que dos de ellos estaban ahí. Normal que no me diese cuenta. Estaban semi enterrados, boca abajo y su piel estaba sucia, como cubierta por una costra de tierra. Pero lo que más me llamó la atención es que estaban cogidos de la mano.

Di un paso hacia atrás y choqué con la cazuela. Los dos levantaron la cabeza lentamente. No dijeron nada, pero por sus miradas sabía que me estaban preguntando que quién era. Se lo expliqué larga y tendidamente. Estaba tan nervioso que no podía dejar de hablar. Me escucharon atentamente, encorvados hacia mí. Permanecieron cogidos de la mano. En medio de mi explicación llegó otro más arrastrándose lentísimamente por el suelo. Le cogió la mano a uno de los que ya estaba ahí. Por un momento pensé que había dado con una colonia de leprosos y tuve miedo de haberme contagiado de algo. Eso no evitó que, hambriento como estaba, les pidiese un poco de comida. Señalé a la cazuela. Asintieron. No había ningún utensilio para tomar la sopa. Se lo hice saber de alguna forma. El último en llegar me miró, se adelantó hacia el recipiente y empezó a beber de él. Me dio algo de asco, pero mi estómago no era tan escrupuloso como mi cerebro.

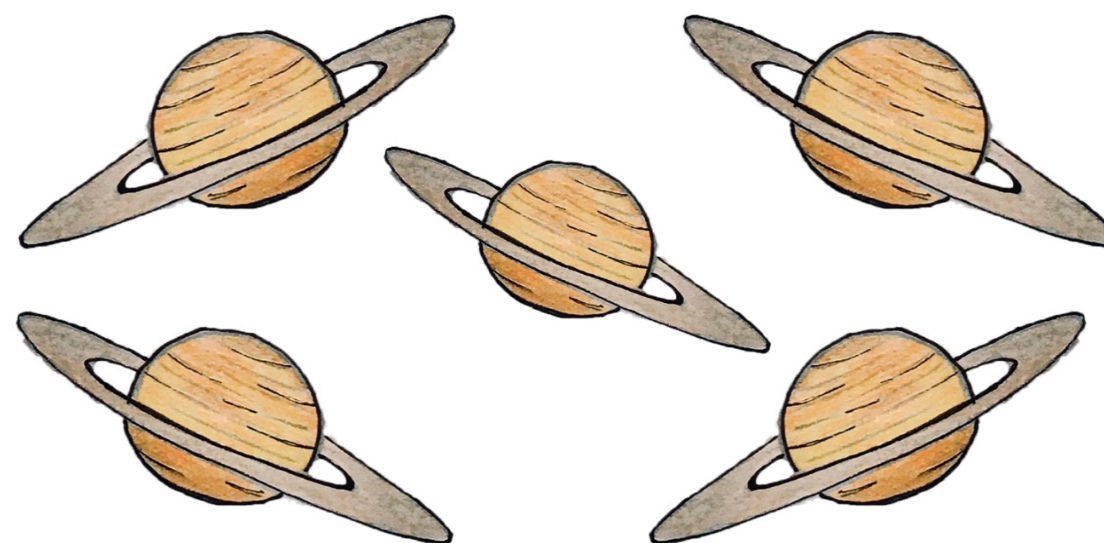
Pasé algunos días con las setas humanas. Deben de ser el único grupo de seres vivos que no tiene deseos de perpetuarse en el tiempo. Su motivo: creen que los seres humanos ocupan un lugar no natural en la naturaleza, como un

envoltorio de *kit kat* en el campo. Pero no son seres fríos o tristes. Jamás he conocido un cariño tan gentil como el de las setas humanas. Adoran la compañía de los suyos. Siempre están cogidos de la mano, nunca se les ve en grupos más pequeños que una pareja. Sólo se separan del resto si saben que van a morir, como los perros.

Su alimentación es de lo más particular. Son estrictamente carroñeros, ni siquiera toleran coger un nuez si esta no ha caído al suelo primero. Todo se basa en esa idea de nunca, *nunca* coger sino tomar. El canibalismo no les causa reparos. Todas las mañanas salen en busca de animales muertos, pinocha, hojas secas, huevos que se han caído del nido y se han roto... Luego lo meten todo en una olla con agua del río y lo cuecen durante horas. El resultado es una sopa espantosa a la que jamás me acostumbré. Solía alejarme un poco y recogía bayas con cuidado de que no me viese ninguno de ellos. Como te imaginarás, su dieta es deficiente y como resultado están todos como mínimo anémicos. Es otra de las cosas que dificulta su reproducción, las pocas mujeres que hay están tan malnutridas que no tienen la regla. No tienen energía más que para dormir, a lo que dedican la mayor parte del día. Duermen semienterrados, cogidos de la mano. Es de lo más normal que mueran dormidos de pura debilidad.

Otro punto interesante es su estima a las flores. A veces se juntan unos cuantos alrededor de unos dientes de león y se quedan mirándolos horas. De entre todas las cosas vivas, las que más lo están son las flores. Para ellos ver a alguien con una corona de flores es como para nosotros pasearse con una cabeza cercenada.

Me regalaron unos pétalos secos de rosa silvestre cuando me fui. No creo que vivan mucho tiempo.



Mariona Perramon. *Gernsback...* (detalle)

Lady Macbeth del distrito de Asonora

Adrià Ibáñez

Inspirado en la censura soviética de Stalin a la música formalista y en el veto a la ópera *Lady Macbeth del distrito de Mtsenk*, de Shostakóvich

«Sin música, la vida sería un error»

Friedrich Nietzsche

No se escucha nada por las noches en las calles de Asonora. Tal vez una conversación, un gemido, el impacto de un jarrón al romperse, una disputa; si es que los sonidos se ajustan a la afinación permitida y no se concatenan los unos con los otros, formando una melodía inesperada y prohibida. Las discotecas se han convertido en ruinas o en edificios diplomáticos: donde antes se bailaban *hits* del verano ahora se firman órdenes de detención o se reúnen escuadrones de Policías Sonoros. Trabajan silenciosamente. Es inevitable no percibir sus miradas de ira o sus rápidos movimientos de cabeza cuando se oye a alguien silbar.

La historia no oficial nos habla de la noche en que el dictador acudió al teatro para el estreno de la nueva ópera del compositor más célebre del país. No hubo finalizado el tercer acto que el dictador se levantó y desapareció seguido de sus escoltas. Fue la última vez que se interpretó la obra. El compositor fue encarcelado y el teatro derrumbado. Nadie dio ninguna explicación plausible. Algunos pensaron que el dictador se tomó el argumento de la obra como un ataque personal, una injuria a la patria. Pero el problema no parecía estar tanto en el argumento como en la música. Se corrió la voz de un supuesto pasado frustrado del dictador como músico, las ambiciones de una vida dedicada a la música sepultadas por la falta de talento. Hay el testimonio de uno de sus profesores de violín que hoy se pudre en Siberia que habla de poco oído musical, de falta de disciplina y de una nula destreza interpretativa. Pocos días después de la cancelación de la ópera la censura se fue extendiendo por toda la región como un virus. Cerraron teatros y auditorios, fueron despedidos músicos, intérpretes, cantantes, críticos musicales y compositores.

Pronto fueron decretadas las nuevas leyes: la música desde entonces debía atenerse estrictamente a unos parámetros concretos: las canciones no podían durar más de tres minutos, sin cambios de tonalidad ni grandes acrobacias armónicas. Las letras solamente podían escogerse de entre un archivo de cien poemas clasificados por el sistema como ‘inofensivos’, la mayoría de ellos de tema patriótico o religioso. La música anterior a ese momento fue sometida a un severo mecanismo de censura. Se eliminaron melodías consideradas ‘agresivas’ y se hicieron reducciones de las sinfonías de Beethoven a simples cantinelas de bar o canciones de cuna. La música se convirtió en una suerte de producto fabricado en serie, libre de sorpresas, provocaciones melódicas o de letras inspiradas. La música seguía sonando, pero era realmente como si no lo hiciera, porque ya no tenía absolutamente nada para decir o expresar.

Con todo esto el dictador pretendía librar a su gente del influjo de la Exaltación y de la música que, según él, no estaba al alcance del pueblo y resultaba ‘incomprensible’. Nada de abstracciones ni de atonalidades que pudieran interpretarse como un exceso de altanería o un modo de distinguirse del resto de la comunidad por parte del compositor. Nada tampoco de letras con carga política. Con la supresión de los géneros y del gusto musical se intentó eliminar las clases sociales. Melodías accesibles para todo el mundo, horarios establecidos para encender los altavoces y engorrosas licencias para poder usarlos. La música de ascensor como nuevo himno nacional.

Hay fanáticos que afirman que si cierras fuerte los ojos y escuchas la música con atención puedes llegar a ver nítidamente el rostro del dictador.

La paz y el orden reinan por doquier. La felicidad se destila en el estribillo de la tonada que se oye en los supermercados durante la nueva temporada de ropa. Los niños en la escuela cantan alegremente unos versos dedicados al dictador, todos a una voz y en compañía de un tambor.

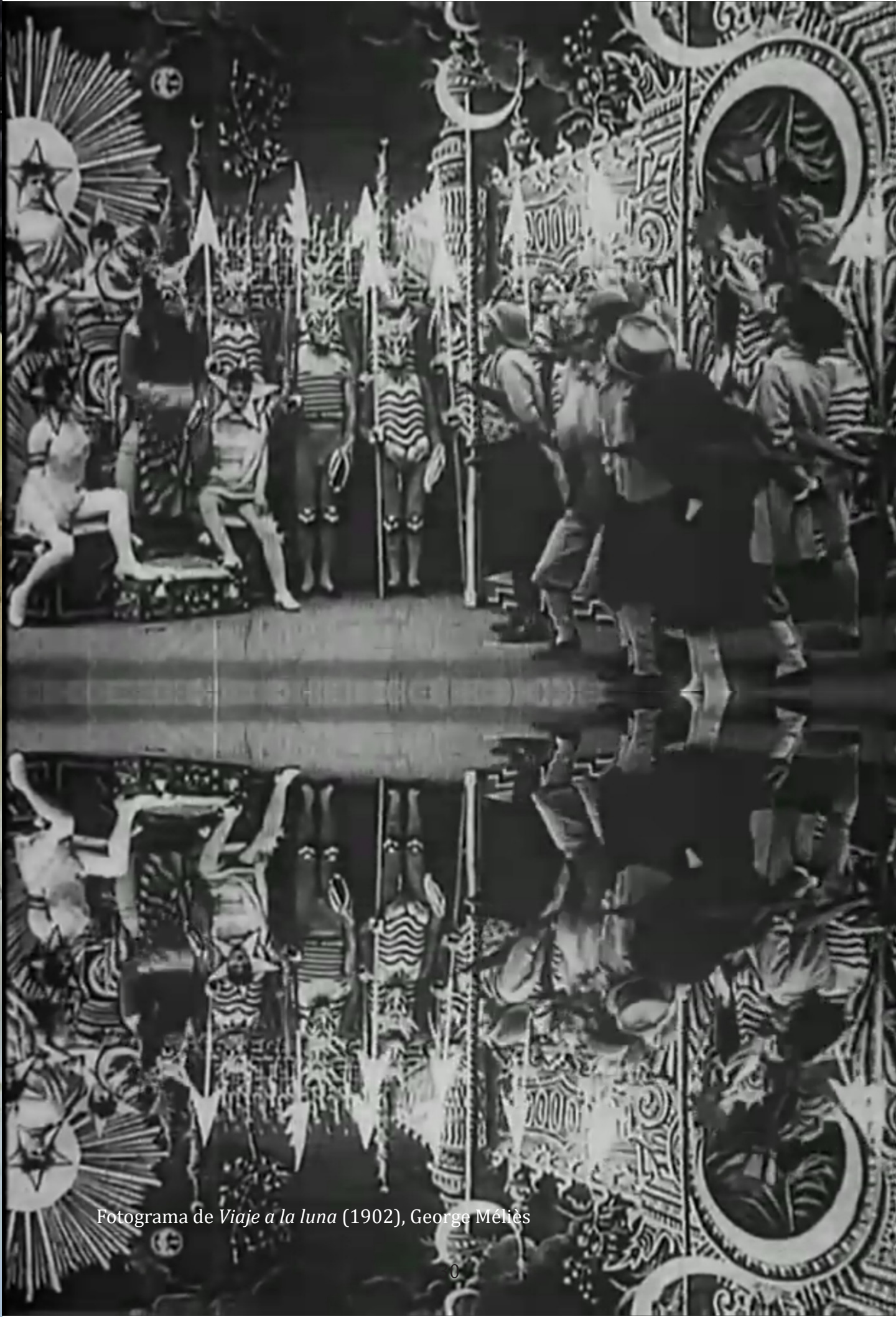
Algunos valientes aún se atreven a traficar con discos y casetes escondidos entre cestos de ropa y de comida. En lo más oscuro y silencioso de la noche se intercambian y copian álbumes en cintas, vigilando de no ser descubiertos por la policía. Hay quienes invocan a John Cage para reconfortarse. Su obra *4'33"* sigue imperando en la lista de canciones más escuchadas en las noches de Asonora.



Maria Botam i Cortina. *Pensamiento identitario* (detalle)



Alicia Arenas. *Reclamo*



Fotograma de *Viaje a la luna* (1902), George Méliès

No hay vida en el polígono

Bera Villavicencio

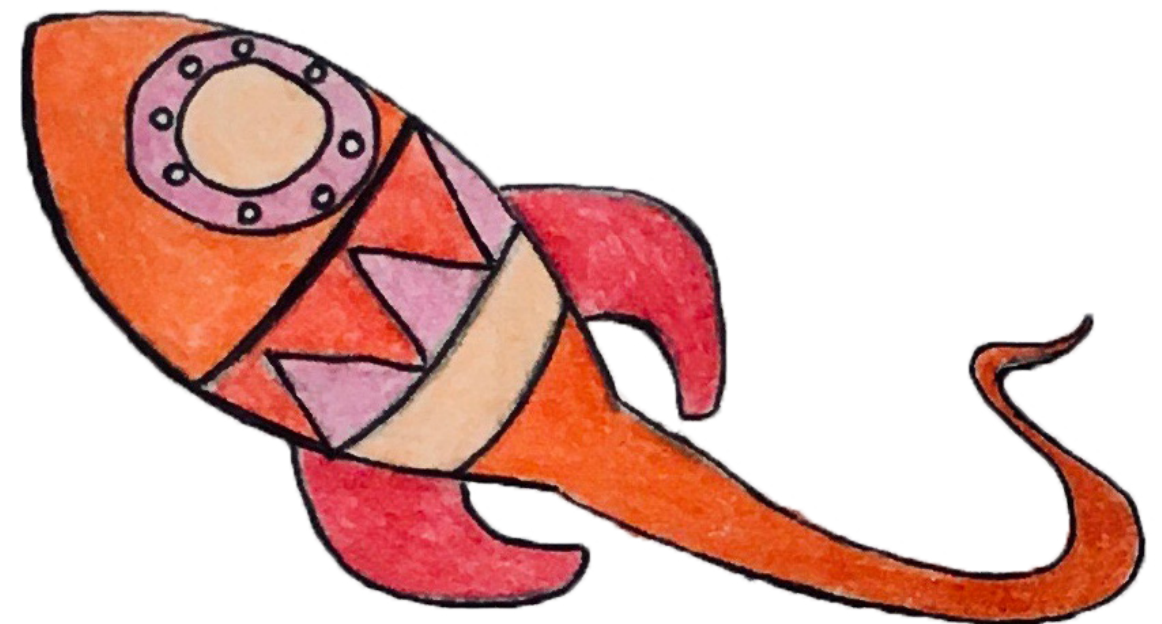
Una vez, cuando aún me quedaba algo de fe en la ya inexistente humanidad, pensé, erróneamente, que el ritmo deshumanamente acelerado de aquella sociedad que nos engullía podía parar. Pensé que ese monstruo devorador de hombres podía ser combatido por esos mismos hombres que antes de ser asesinados se unirían contra él. Jamás he vuelto a pensar semejante estupidez: ese monstruo, al que alguien una vez denominó capitalismo, hoy, sin perder esa monstruosidad característica, ha evolucionado y su dominio es tan grande que es lo más parecido que hay a una religión.

Algunas noches escucho a algún pobre desgraciado rezándole a nuestro Dios Capitalista. Supongo que lo que le piden es que los saquen de aquí, y que, a su marcha, su cama vacía pase a ser ocupada por algún ricachón, llamado, por ejemplo, y por decir un nombre cualquiera, Anancio Ortela. Y de paso, me imagino que continuarán pidiéndole, que ya que Anancio Ortela se queda con su cama mugrienta del polígono, se podrían quedar ellos con la suya, mucho menos mugrienta y lejos de los polígonos. Una vez me dijeron que el ser humano no lucha contra lo injusto a pesar de estar sufriendo sus males si cree, aunque sea falsamente, que algún día podrá ser de aquellos privilegiados que hacen de la injusticia su principal benefactor. Desde que vivo aquí lo he entendido, hemos protegido a la injusticia y ahora nos hemos quedado totalmente desprotegidos ante ella.

Lo peor es que el monstruo del capitalismo no es solo una religión, sino también la única ley que existe. Ya no recuerdo si alguna vez tuve derechos, solo sé que ahora solo tengo obligaciones, más bien mi vida se ha vuelto una obligación, de manera que no cumplir con la obligación implica acabar con la vida. La obligación está materializada en miles de relojes, que están por todas partes y que tienen una alarma no muy agradable que suena varias veces al día. La primera es a las seis de la mañana y sirve de despertador. A esa hora abro los ojos junto a cientos de desconocidos. Rápidamente nos tenemos que levantar de nuestras camas (si es que se pueden llamar así), para no quedarnos sin la única comida que nos dan. A las seis y media suena la segunda alarma, eso significa que es la hora de salir del sucio polígono y dirigirse a tu lugar de trabajo.

Tu trabajo te lo asignan ellos según lo que para ellos son tus cualidades desde sus inamovibles criterios. Yo antes de que el capitalismo me hiciera su esclava, era profesora de filosofía, ahora trabajo en una fábrica pasando a limpio informes que escriben hombres más inteligentes que yo. Y es que, si algo me ha enseñado el capitalismo es que no sirvo para nada, o, para nada que dé dinero. Mi trabajo no es muy apasionante, pero hace mucho que renuncié a la pasión. Lo peor es la extraña sensación de trabajar con personas de las que no sé absolutamente nada. Creo que al capitalismo no le gusta demasiado el amor ni ningún tipo de vínculo entre las personas. Tanto es así que nos tienen prohibido comunicarnos con nuestros compañeros, y cada 3 días te cambian de polígono para que no te dé tiempo de encariñarte con cualquiera. Supongo que les da miedo dos cosas: que las emociones hagan disminuir nuestra productividad y que podamos organizarnos contra ellos. El primero me parece un miedo inteligente, el segundo, un tanto estúpido, antes de vivir en polígonos podíamos hablar entre nosotros y, sin embargo, nunca nos organizamos contra nada.

Hace años que me robaron la vida para venderla en el mercado a un precio tan insignificante que da gracia y pena al mismo tiempo. Hace años que no veo a ninguna persona a la que haya querido. Aquí solo veo caras asustadas que ya no me despiertan ningún sentimiento. Hace años que no siento nada, solo trabajo y hago lo que me piden. Ya nadie duda que el capitalismo haya triunfado. Yo me he vuelto una máquina, y nuestra obsesión por conseguir la cama de Anancio Ortela nos ha hecho olvidar lo horrible que es dormir en una asquerosa cama de polígono.



Mariona Perramon. *Gernsback...* (detalle)

Allí donde el cielo es rojo

Miguel Rubio

Recuerdo que fue una noche, dos o tres lunas antes de cruzar la frontera, cuando le confesé a Únax la intención de marcharme. Ambos yacíamos en la cama. Yo me hallaba, de nuevo, bajo el hechizo de aquel burdeos celestial que seducía y repugnaba por igual cuando simplemente le dije que me iba. Suspiré aburrido ante su predecible burla y me giré para mirarle a los ojos sabiendo lo que iba a encontrar. El orgullo y resignación pintadas en su escalera avivaron la fuerza de mi decisión. Aún dudo de la existencia del concepto, pero recuerdo que esa noche soñé con algo que quizás un celeste llamaría amor. Dormí mal. Desde entonces sueño con él, omnipresente, siempre rojo. Así asumí que soy hijo del cielo, de un paisaje que sin saberlo nos gobierna.

Allí donde el cielo es rojo los secuestros son frecuentes. Uno captura para cobrar. Normalmente, si se tiene éxito, el interesado paga la suma solicitada por el cazador. Si no, la presa se lleva a la subasta de torturas. Allí hay mucha gente que paga por muy diversos espectáculos; siempre a cielo abierto, siempre bajo destellos magentas. Llegados a este punto no suele haber vuelta atrás. Claro que siempre se puede recuperar al secuestrado pujando, pero si la intención de rescate es descubierta, las cifras crecerán rápidamente hasta llegar a un punto en que no vale la pena recuperar a la víctima, ya seca y mórbida una vez la subasta se despereza. Digamos que este sistema es el entretenimiento más básico de la población además de un sustento y una necesidad por ser la causa fundamental que mueve el capital.

También se paga con sexo. No solo los rescates, sino también los favores, los sueldos o las culpas. Es la forma más fácil de redimirse de los deberes o las exigencias. El único método anticonceptivo permitido es el condón y por ello son tan valiosos. Nadie quiere descendencia a la que tener que rescatar. El aborto o la vasectomía son prácticas prohibidas simplemente porque su permisión alteraría el índice de natalidad. Los niños son necesarios: son las presas más fáciles y el sistema necesita un sustento. No conozco a nadie que fuera virgen a los once o doce años y que no haya sido raptado docenas de veces. Aquel que rompiera la regla no duraría mucho tiempo. Los cazadores babeaban por presas peculiares.

Tampoco hay dirigentes, líderes o reyes. Pero nuestros conflictos no duran mucho. Eva se escandaliza, pero basta con follar o torturar a las personas indicadas para resolverlos. En eso se han basado nuestras guerras, en ver qué bando era capaz de jugar mejor estas dos cartas. Siempre gana el que folla rápido y tortura lento. Cualquier rey hubiera sido una presa muy deseable, incluso por sus propios súbditos. Ver un rostro popular en carne viva fundiéndose con el horizonte atrae muchos seguidores, y por tanto mucho dinero.

Aunque parezca imperfecto y carente de estabilidad, el sistema es así de simple y no necesita nada más. El otro mundo nos proporciona cualquier materia o recurso que podamos requerir. Es lo único que respetan los cazadores. Si raptas un celeste pones en peligro el sistema. Por supuesto siempre hay algún estúpido, pero es divertido ver cómo el cazador no tarda mucho en ser cazado. Bajo el techo escarlata justifican este parasitismo por su miedo, pero ahora sé que nos ayudan por lástima. No la comparto.

Cuando desperté era muy tarde y Únax ya no estaba. Tampoco encontré los puñales, los condones ni las niñas de la captura de anteayer. Me resigné mientras me levantaba con la cabeza dando tumbos. Tenía que haberlo previsto. Contaba con el dinero del rescate y pensaba hacer varios pagos más antes de irme. Yo sabía que era un acto puramente práctico, pero darme cuenta que tendría que retrasar todo precisamente por su culpa me molestó, lo cual no hizo sino ahondar mis frustraciones. Media luna antes de abandonarlo todo le encontré por casualidad subastando torturas. Me acerqué a él para ofrecerle sexo, pero me ignoró. Una vez más, noté que la voluntad inflaba mi pecho, así que cobré la última captura y me marché. No hubo nada más que destacar. El paso nunca había estado restringido y uno sabía que la realidad colindaba cuando pasaba el muro donde podía leerse en letras carmesíes “Nadie sobrevive al celeste”. Eva intenta explicarme muchos conceptos celestes que me son incomprensibles o estúpidos. El “amor” es el más recurrente. Cree que no podemos entenderlo. Tiene razón. No comprendo por qué enreda “afecto”, “cariño”, “amistad” o “sexo”. Usa muchas palabras que son distintas, según ella, para describir una misma cosa. “El amor no te sustenta, el amor se vive”, “el amor es la consecuencia de la humanidad”, “hasta yo secuestraría o torturaría por amor”. Nada de lo que dice Eva me interesa, hasta que hoy, mientras me besaba con sus labios bañados por el carmín, ha dicho que el amor es de color rojo. Por la noche, tras saborear el índigo del cielo, me he girado y le he dicho que me marchaba. La ternura y el llanto de sus pupilas han hecho tambalear mi fuerza. Y por eso me voy, tras haber entendido que amor y causa son conceptos indiscernibles allí donde el cielo es rojo.

El pueblo de las puertas abiertas

Jorge Burón

Hay un pueblo seco y luminoso, ubicado en medio del desierto. Es el pueblo más alejado de la civilización que jamás haya existido, y en él vive un Rey de dieciocho brazos y doce piernas. Un Rey ciego y gordo, sentado en un gran butacón frente a un televisor siempre encendido.

En el pueblo rigen unas leyes sagradas que aseguran la justicia y la concordia de la sociedad. Entre ellas se encuentran normas comunes como el pago de impuestos bisemanal, la alabanza de los martes al Dios de las Extremidades o el día mensual de trabajos para la comunidad. Pero también existen otras menos habituales como, por ejemplo, no mirar nunca de frente a la persona con la que se habla o la prohibición de estar en la calle durante las transiciones de noche y día, habiendo toque de queda durante el alba y el ocaso.

También hay una ley para la asignación matrimonial. Cada año se realiza un sorteo en el pueblo entre los hombres y las mujeres en edad casadera, los catorce años, y se asigna aleatoriamente a cada hombre su mujer. Si algún año hay un mayor número de hombres o de mujeres, los individuos sobrantes del sexo en cuestión deben ser ejecutados como sacrificio. El procedimiento es por amputación y desangramiento. Se le cortan los brazos y las piernas y se les deja agonizando hasta morir desangrados. En ocasiones llegan a ser horas de berridos ininterrumpidos de varias decenas de individuos en medio de la plaza mientras las mujeres ya se han retirado a sus casas a cocinar. El dolor purifica y devuelve a Dios lo que Él nos ha otorgado.

Pero por encima de todas está la norma de las puertas. Nunca, bajo ningún concepto, se pueden cerrar las puertas. Puertas de las casas, de los cuartos, cocinas, baños, buhardillas, sótanos, despensas, casetas de perros, establos. Puertas de verjas. La puerta del colegio, de la frutería, la carnicería, la zapatería. Puertas de casas de muñecas, de despachos, del teatro municipal, del cementerio. Todas las puertas siempre permanecen y permanecerán allí abiertas por ley. Excepto una.

Una puerta que siempre permanece cerrada bajo llave. La única llave que hay en todo el pueblo y que custodia el Rey. En la sala que se halla tras esa única puerta cerrada se celebran las reuniones del Consejo de Abuelos. Allí los doce hombres con más extremidades del pueblo, ancianos abuelos ciegos y pellejados, junto al Rey como director de ceremonias, alcanzan estados de trance en los que conectan su conciencia con la del Dios de las Extremidades.

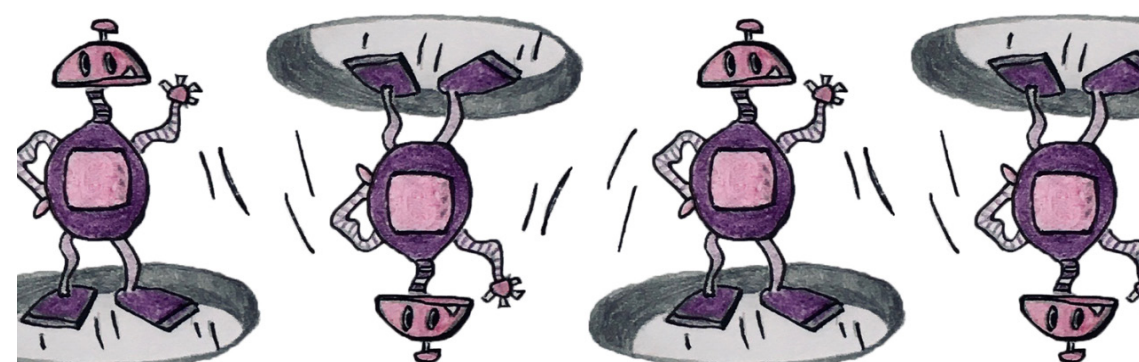
El medio para entrar en trance de esos ancianos y poder ver al Dios es la virginidad infantil de los niños y las niñas del pueblo.

Cada año un niño y una niña de trece años, justo antes de llegar a la mayoría de edad, cuando empiezan a multiplicarse las extremidades, son elegidos para compartir las noches de trance y éxtasis divino con el Consejo de Abuelos. Durante todo ese año los niños no salen de la sala. Allí duermen, se alimentan, estudian, juegan y celebran ceremonias cada noche. Este es el mayor honor que puede recibir una familia del pueblo. Conectar a los abuelos ciegos con el gran Dios, ser sus ojos para verle.

Hay una niña llamada Carmen, que nació sin padre engendrada directamente por su madre. Es la nieta del Rey. Cuando la niña alcanza los trece años es elegida para las ceremonias con el Consejo de Abuelos. Su poder es tan brutal que basta solo con ella, y el abuelo es tan celoso de su pureza que acaba por ejecutar a todo el consejo, quedándose solo con ella para los rituales de conexión con el Dios de las Extremidades. Su lujuria y voracidad se volverán aún más terribles celebrando rituales con su nieta día y noche y descansando solo para salir a devorar a los vecinos para recuperar las fuerzas.

Una noche el pueblo entero cerrará las puertas. Conspirarán en secreto un golpe fatal para acabar con el Rey y salvar a la nieta. Armados con hoces y antorchas tirarán la última puerta abajo y matarán al monstruo para liberar a la niña. Y cuando la abracen y la arrojen y le digan que ya está a salvo, ella responderá:

—¿A salvo de qué?



Mariona Perramon. *Gernsback...* (detalle)

Una sociedad encerrada en una esfera

Natalia Callado de la Paz

Mi nombre es Stein Schult, aunque a estas alturas ya no preciso de presentación. A pesar de ser el líder indiscutible y haber sido comparado con “Dios” por muchos de vosotros, no puedo engañar a la Parca que siento cada vez más cerca. De modo que escribo esta carta de despedida a todos mis congéneres.

Tras años de duro trabajo, finalmente he conseguido culminar mi propósito y puedo irme tranquilo, sabiendo que dejo en buenas manos a las futuras generaciones. Durante los 94 años de mi vida he sufrido el mal de la sociedad, he visto como la ponzoña de algunos individuos puede contaminar algo tan puro. Sabía, y ahora puedo confirmarlo, que aquellas utopías que leía de niño eran ciertas; tan solo había que encontrar la manera de alcanzarlas. Una mano inocente que impusiera justicia, diferenciar a unos de otros en base a unos conceptos para poder erigir la construcción más perfecta jamás creada antes por el hombre.

El primer paso fue efectuar una evaluación de cada individuo por separado, en otras palabras, separar a los buenos de los malos. Conseguir elaborar un sistema tan potente no fue fácil, pero no hay nada imposible. Lo complicado vino después, al enfrentarme a la pregunta: ¿qué hacer con quienes no superasen dicha evaluación? “Eliminarlos” dirían algunos, y desde luego sería la decisión más rápida y sencilla, pero si obrara de ese modo, ¿de qué me diferenciaría de los antiguos líderes autoritarios? De ninguna manera, comprendí que esa no era una opción. Tardé mucho tiempo y admito que incluso llegué a dudar sobre si llegaría a terminar mi obra. Pero a pesar de todo, lo logré. Esta pequeña esfera es el resultado.

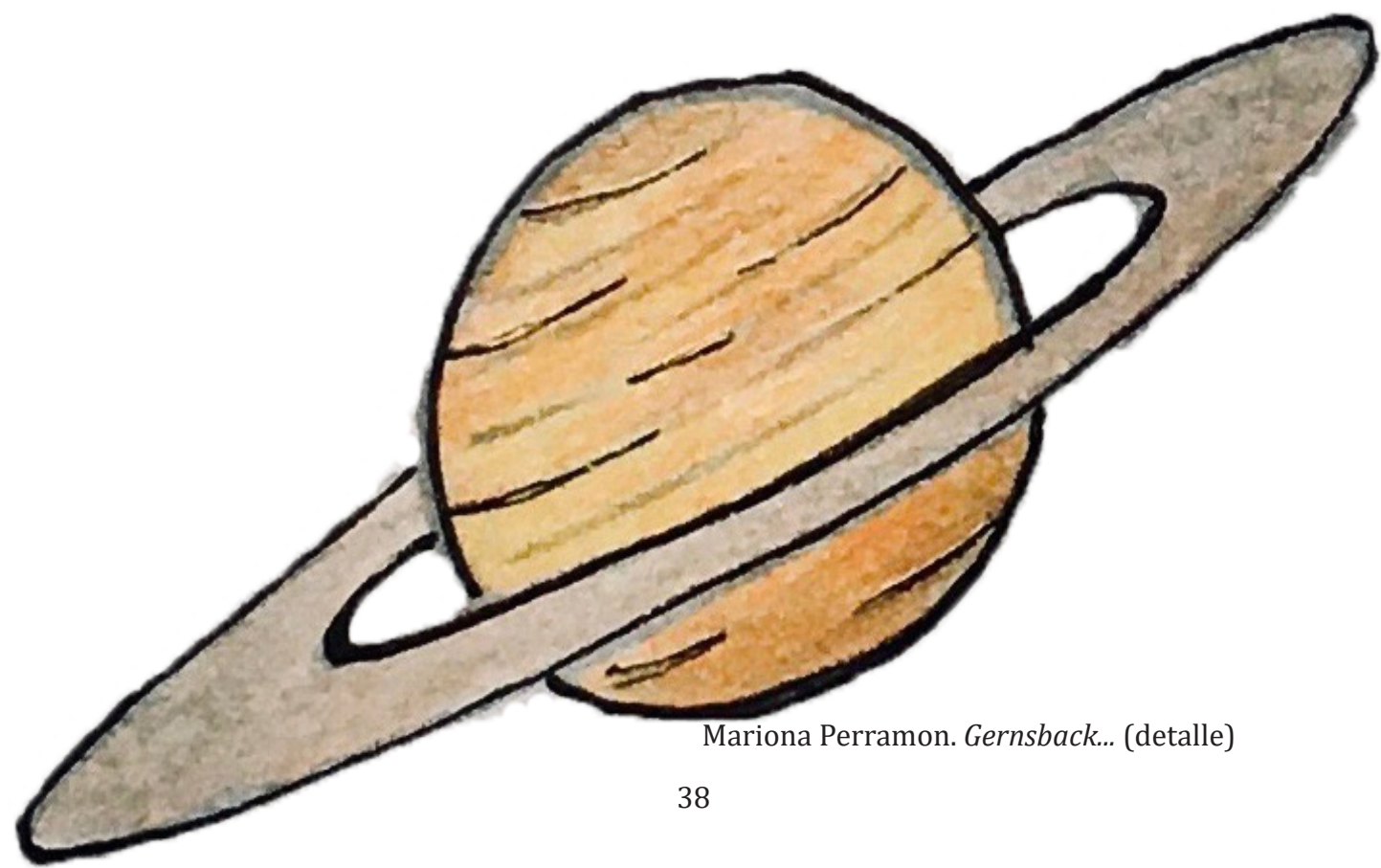
Como he dicho, no podía deshacerme así como así de toda la población, por lo que comprendí que solo debía encontrarles un lugar. E aquí pues: reducirlos a tamaño diminuto, a todo ellos, dentro de esta pequeña esfera no más grande que el tamaño de un puño. ¿Qué si lo saben? Por supuesto que no. En su pequeño mundo todo sigue igual; se trata de la obra de mi vida, es por tanto, una réplica depurada de este mundo.

Una vez eliminada la lacra de esta sociedad, instaurar el nuevo orden fue bastante sencillo. Es cierto que cuando el 80% de la población fue transmitida a su nuevo hogar, las gentes que quedaron vinieron a exigir explicaciones. Comprendía su estupor, su miedo a lo desconocido, pero tras escuchar mis palabras, la inmensa mayoría de ellos lo comprendieron y de buena gana entraron a formar parte de esta nueva y joven utopía. Sin embargo, vuelvo a repetir que no soy de esos líderes déspotas que no tienen en cuenta los deseos y libertades de sus ciudadanos, por lo que aquellos hombres que no quisieran formar parte de mi creación, aquellos individuos imperfectos y cegados por el temor al conocimiento, podían volver a su antiguo mundo.

En cuanto a las nuevas generaciones, es de esperar que criadas en este nuevo mundo sean individuos dignos de su líder. No obstante, si no superasen las periódicas evaluaciones, no quedaría más remedio de eliminarles. Muchos padres estuvieron de acuerdo y de ese modo se volvió una costumbre *reputar* a los hijos inadecuados.

Me voy en paz, no solo por haber vivido lo suficiente como para poder ver mi obra con mis propios ojos, sino porque tengo la certeza de que a pesar de no seguir liderándoles, mi pequeño rebaño seguirá pastando domado y guiado por otro buen pastor como he sido yo. Soy el dios salvador del mundo y la humanidad, soy quien ha proporcionando un mundo justo y pacífico a aquellos individuos inocentes conocedores del valor de la vida.

Este es mi legado. Todo sea por la justicia.



Mariona Perramon. *Gernsback...* (detalle)

Sin horizonte

Eugenia Gutiérrez

Tenía que haber pensado en el peligro, en lo difícil que es asimilar una nueva visión. Pero no pude evitarlo, quería compartir mi descubrimiento, quitarle a alguien más la venda en los ojos que nos han puesto. No parecía mala idea, ella tenía una sonrisa bonita y llevamos viviendo al lado seis años. Es verdad que desconozco su nombre, pero cuando empecé a entender y actuaba de forma distinta, ella me miraba con curiosidad. Me pareció suficiente.

Ella podía mirarme porque el estado nos da casas que solo permiten la intimidad en el baño. Me explico. Desde los veinte años donamos óvulos y semen que se trasladan a laboratorios donde fabrican niños que después van al internado. Ahí se corrigen genéticamente y aprenden conocimientos básicos. A los 15 años, se lleva a cabo un sorteo donde se decide su profesión: constructores, guardias, científicos, etc. Todo el trabajo es por y para el estado y a cambio recibimos comidas diarias, alojamiento, y lo necesario. Ese alojamiento es un baño y una habitación principal con lo básico y un altavoz para recibir las pautas de gestión del tiempo. Esta está pegada a las habitaciones de nuestros vecinos y separadas mediante una pared de cristal transparente. Dicen que observados actuamos mejor, haciendo lo que hay que hacer. Por eso yo sabía que ella era cuidadosa, cuando sonaba por el altavoz “es el momento de comer” y se abría la puerta pasando la comida, comía con delicadeza. En seis años habíamos cruzado alguna mirada imprecisa y creía que podía confiar en ella. Pero el miedo al estado, a sentir, a la verdad; puede romper cualquier atisbo de complicidad.

Así que aquí estoy, detenido, caminando por una ciudad gris con edificios altos que impiden ver el cielo. Una ciudad que solo permite recorridos necesarios. No creo volver a verla, ni a ella ni a nadie, aunque no me van a echar de menos. Me ejecutarán para callar lo que he descubierto, por haber visto el horizonte. Hace un tiempo el espejo del baño se descolgó. Dudé en llamar al estado para que lo arreglasen, en el altavoz ya había sonado “es el momento de dormir” y quizá sufriese consecuencias por ir después al baño. Decidí repararlo yo y me fijé en que la pared tenía un agujero, y dentro, un libro. Desde ahí no he sido el mismo. Es curiosa la dificultad que tiene la mente para olvidar, como adapta su forma al contenido que aprende sin consultar a su dueño y sin poder recuperar las faltas de conocimiento.

El libro era un diario de hace miles de años. Está escrito con la intención de no olvidar el “antes” en una época de cambio. Efectivamente, yo desconocía que esta sociedad no era la única posible. Vivimos en un presente que parece inmutable, nos lo enseñan como perfecto y nadie plantea romperlo. No es fácil llegar a la idea de que nada tiene que ser como es, de que el sistema es un invento.

El diario cuenta que hace años el mar ocupó casi todos los espacios terrestres iniciando una guerra por el gobernante del nuevo pequeño mundo. Tras muchas muertes, ganó Akim e ideó una sociedad sin elementos problemáticos: eliminó el dinero, las desigualdades, la autogestión del tiempo y borró las competencias individuales. Tras su muerte le sustituyó su hermano Fulker, más extremo, quién eliminó las familias y construyó las casas. Estas están ideadas para impedir cualquier alcance del mar. No hay ventanas para observarlo y las olas rompen en los edificios completamente unidos. En el diario también hay un glosario de todas las palabras que yo desconocía. La que más costaba imaginar era *mar*. Pensé que sería mentira, pero me pudo la curiosidad. Estuve dos meses haciendo un agujero en la pared de mi baño. ¿Cómo era posible que hasta entonces nunca me hubiese preguntado qué había más allá?

El día que ese agujero fue grande y vi a través de él, mi mundo se desbordó. El mar es libre e inmenso, incontrolable e infinito. Al verlo entendí otro concepto del diario, *horizonte*. La falta de límites. La continuidad del espacio. El horizonte es un lejos sin fin, una línea que demuestra que nada se acaba cerca. Tras disfrutar de este descubrimiento, quise compartirlo con mi vecina. Ella cedió a mis gestos de invitación con curiosidad y sin que nadie se fijase en nosotros. No le conté lo del diario, simplemente se asomó por mi nueva ventana. Puso cara de desconcierto y preocupación. Dos minutos tardó en llamar al estado. Seis minutos tardaron en detenerme.

Tiempo suficiente para esconder de nuevo el diario con la esperanza de que algún infeliz más lo encuentre. Quizá él tenga más suerte. Quizá la suerte la tenga yo. No sé cuánto soportaría vivir ahora que sé que mi mundo es claustrofóbico, conformista e ignorante. Qué difícil es adaptarse de nuevo a un espacio sin horizonte.



Mariona Perramon. *Gernsback...* (detalle)

The Chesire Cat

Lara Blanco

Mientras los últimos rayos de sol acechan por la ventana, el agente especial N se mesa el pelo con la mirada perdida en el techo de la habitación. Ante él, un individuo del universo paralelo donde reinaba la idiosincrasia. Tenía sentido, Schwarzschild había formulado su teoría entre las trincheras de la Segunda Guerra Mundial. Acumulaba varias denuncias en los últimos días.

—Repita todo otra vez—se dirige al sospechoso.

—Me llamo Ángel y vivo en Messier 31...

—No, esa parte no. Me refiero a lo que pasó entre las cinco y las seis de la tarde de ayer- replica el reputado agente. Se aproxima para cerrar la ventana cansado del continuo ruido de las naves espaciales. Habían conquistado el cielo definitivamente cuando Elon Musk decidió venderlas por Amazon.

El individuo frunce el ceño, pero vuelve a tomar la palabra:

—Estaba en mi casa, leyendo el tercer tomo de *Las Lecturas de Feynman* cuando apareció un gato por mi ventana y pensé que esa era la mía.

—Explíquese, por favor.

—El capítulo que estaba leyendo trataba sobre la mecánica cuántica. ¿Se acuerda de Schrödinger y la superposición de estados cuánticos?

—No le sigo—se vuelve a arrimar a la ventana para abrirla cuando le caen las primeras gotas de sudor en la frente. Aún recordaba sus tiempos jóvenes cuando le decían que el planeta llegaría a su fin con aquel grado y medio más, el calentamiento global. Bueno, pues el planeta seguía existiendo, la única diferencia es que ahora además sudaba como un cerdo.

—¡El famoso experimento de Schödinger, el del gato en la caja! Es el ejemplo 8.7 de la página 354 que se deja como ejercicio al lector. Metes un felino en una caja cualquiera sin ningún tipo de condiciones de contorno espaciales y te calculas la función de onda.

—¡Usted no puede meter ningún gato aleatorio en una caja!

—Sí, lo siento. Al principio pensé que no funcionaba...—dice bajando la vista al suelo.

—¡Siete gatos!

—Maldita entropía—el hombre golpea la mesa con fastidio.

Un segundo agente, N+1, entra en la sala y se acercan para deliberar en una esquina, a espaldas del interrogado.

—Está rematadamente loco. Quién sabe lo que puede hacer con ese libro en sus manos. Supone un peligro para la sociedad. En mi trayectoria profesional he visto muchos casos de este tipo. Esta clase de gente empieza metiendo gatos en cajas y, como se les dé un poco de libertad, acaban metiendo personas en gulags.

—Ya sabe que no se puede extrapolar una función a partir de solo dos puntos, pero tiene razón, definitivamente está loco—afirma rotundamente su compañero—Lo que no logro entender, es que en su ficha no figuran antecedentes ni penales, ni familiares...

—Sí, se trata de un caso excepcional.

—Sólo existe una opción –resuena por primera vez la inteligencia artificial en sus cabezas, los dos agentes se miran detenidamente. ¿y si es comunista?



Alicia Arenas. *Auscultamiento a una Luna arrebatada*

Predicar en el desierto

Héctor Montón

Lo cierto es que el día de mi llegada esperaba otro recibimiento. Bueno, tampoco quiero vanagloriarme, pero se había anunciado tantas veces y en tantos lugares diferentes, que sí confiaba en reunir un buen público. Nada como el de aquellos, ¿cómo los llaman? Los *Beatles*. No, eso habría sido demasiado y al parecer mi fama ha decaído. Con un par de altos cargos, algún medio de comunicación y tres o cuatro fotografías bastaba. Y un pequeño tumulto al fondo, con pancartas, silbatos y mensajes escritos en torsos desnudos. Aunque quizá eso ya era mucho pedir para la fecha en la que nos encontramos, no tendría que haber tardado tanto... Pero yo me había hecho ilusiones; incluso escribí un discurso, fíjate. Ahora está algo arrugado porque lleva tiempo en mi bolsillo, lo guardo por si alguien me reconoce y al fin tengo ocasión de leerlo.

»Mira que yo vine con buenas intenciones, a conocerlos a todos, a daros alguna explicación. De verdad que no buscaba nada de vosotros, un poco de agradecimiento si acaso. Pero llego y me encuentro con la estación completamente vacía, ni siquiera un chófer de esos que sostienen un cartel con tu nombre. Supongo que es porque ya no sabéis cómo llamarme. Total que me dije: “estos se han olvidado de quién eres, te va a tocar predicar”, y empecé por informarme acerca de la literatura que se había escrito sobre mí. Que si el *Evangelio*, que si el *Corán*, la *Torah*, ¡No veas qué risas me eché! En unos dicen que soy muchos, en otros que solo uno, y me llaman Buda, demiurgo, Visnú, Yahveh... »

—Un momento, un momento —el hombre que se sentaba a su lado dejó de beber con la mirada al frente y, por primera vez, apoyó el vaso en la barra para dirigirse a su acompañante —¿Me está diciendo que usted es Dios?

—Bueno, sí, ese es otro de mis nombres. El menos ingenioso, también te digo, ponerle mayúscula a un sustantivo no lo hace más distinguido.

Los ojos del tipo emitieron rápidos parpadeos al tiempo que la cabeza se le volaba hacia detrás en un reflejo de sorpresa. Observó de nuevo su vaso, aunque esta vez con sospecha por lo que pudiera estar bebiendo, y lo apartó decidido a no continuar con los efectos etílicos.

—Pero, vamos a ver, si usted fuera Dios, ¿qué iba a hacer emborrachándose en un tugurio como este?

—Eso es lo que te iba a contar. Comencé mi tarea de predicación, pero como no había manera de dirigirse al gran público, tuve que ir casa por casa. ¿Te puedes creer que todos me cerraban la puerta en la cara? ¡Nadie quiere conocer la verdad! Más tarde, conseguí imprimir unos cuantos panfletos que repartía en la calle. Aunque, si me los aceptaban, los terminaban tirando en la papelería más cercana. Poco a poco me fui desanimando y aquí he acabado.

—¡Venga, hombre! —dijo el tipo, que ya le había dado tiempo a considerar que el loco fuera el otro y no él —Si de verdad es usted Dios, convierta el agua en vino.

Las carcajadas de la supuesta divinidad resonaron en toda la sala, haciendo temblar el suelo y, también, al pobre borracho indeciso.

—¿Crees que me estaría gastando las limosnas en un par de tragos si supiera hacer eso? No, yo no tengo tales poderes. Mi obra se basa, más bien, en lo que llaman *diseño inteligente*, aunque sin nada de inteligente. Simplemente os tenía ahí, como a esos terrarios de hormigas a los que solo se les hace caso en su gestación. Un día me despisté y, cuando me quise dar cuenta, ya habíais creado todo esto. Entonces me decidí a visitarlos.

En ese momento, su confidente parecía haber perdido todo interés por la conversación, pues acababa de recuperar el vaso que había arrinconado y volvía a beber pacientemente mientras le aconsejaba:

—Sea usted Dios o no lo sea, no le conviene ir diciendo eso por ahí, alguien podría molestarse. Aquí todos tienen ya sus dioses, y quien no lo tiene, tampoco está dispuesto a aceptar uno nuevo. Además, ser Dios es muy cansado, todos le pedirán que arregle sus vidas. Lo mejor sería que se encomendara a alguna religión y empezara a creer.

La supuesta deidad bajó la mirada meditativa y, tras unos segundos, desapareció, sin truenos, sin luces, en un humo que se desvanecía en el ambiente. Entonces, el hombre supo que Dios le había abandonado.



Alicia Arenas. *Reclamo* (detalle)

Imaginad que tenéis alas

Alexander Drexler

Imaginad que tenéis alas. Cada uno puede escoger las que desee, o las que mejor se adapten a su figura, pero os recomendaría que éstas fuesen largas y poderosas, pues debemos alcanzar una gran altura.

Bien, parece que estamos todos listos. Tú... El de las alas de gorrión... ¡¿Yo qué he dicho?! Hay veces en las que no sé ni para qué... En fin, los que me estabais prestando atención, ¡seguidme!

Qué maravilla esto de volar, ¿no os parece? Una vez dejas atrás esa parte en la que no paras de tragarte mosquitos, es una gozada. ¿Qué opinas tú, ...? Disculpa, no recuerdo tu nombre.

—Leguminosa.

¡Ah, qué bonito! Como mi abuela. Sí, no, perdona, cállate un momentín, que estamos a punto de llegar... ¡Escuchadme todos! Quiero que os vayáis sentando en orden, pero sin concierto, a lo largo y ancho de aquel esponjoso nubarrón. A partir de ahora pasaremos a ser meros espectadores de lo que va a ocurrir. No quiero oír un solo ruido. A quien abra la boca, se la parto de un guantazo. Eso es.

Frente a este singular grupo (nótese la contradicción), blancas nubes y rosados malvaviscos comenzaron a desplazarse morosamente hacia un lado y hacia otro, dando lugar a una abertura a través de la cual podía vislumbrarse con total nitidez (y ahí va otra) un enorme palacio del siglo XVIII, completamente bañado y enjabonado en oro, y rodeado de unos bellísimos jardines y una alambrada de lo más cuca. En su interior, y más concretamente en el Despacho Ovoide, un viejo melenudo *ponía el grito en el cielo*:

—¡Estoy hasta la polla, tronco!

—¿Qué sucede, mi Señor? —preguntó alarmado su secretario, un hombre obsequioso, astuto y menudo, porque menudo era el tío, con cara y cabello de ángel, llamado Dimoni.

—Los humanos... Que son unos putos ingratos, consentidos y... gilipollas.

—¿Pero ha pasado algo?

—No... —Dios tenía ahora la cabeza gacha, y hacía un mohín. Pero es que... Ya no me respetan. Ya no me temen. ¡Los hay incluso que dudan de mi existencia!

Su actitud, hasta entonces infantil, se tornó colérica en un instante. Esto hay que pararlo como sea, pensó Dimoni, o este chiflado acabará con esos pequeños diablillos en los que tantas esperanzas he depositado.

—No se altere, Señor. ¡Recuerde que es usted el Altísimo!

A Dios se le iluminó por un momento el semblante, pero acto seguido respondió furioso:

—¡Mentira! Está ese hombre desgarbado que vive con nosotros, Simeon, al que decidí rescatar de aquel circo de los horrores.

—Bueno, siempre puede usted eliminarlo y convertirse así de nuevo en el ser más alto...

Dimoni en seguida se dio cuenta del error que había cometido. Dios lo miraba con una mezcla de consternación y reproche, lo que solamente podía significar una cosa: que una vez más, variaría el registro dentro de sus infinitas emociones, y en esta ocasión adoptaría uno mucho más propio de una deidad de su calibre.

—Te mantengo siempre cerca porque no confío en ti, Dimoni —dijo Dios. Sé qué es lo que serías capaz de hacer si yo no estuviera. Sé cuáles son tus sentimientos hacia mí, y hacia el resto de seres vivientes. Y sé qué es lo que estás pensando a cada momento. Porque yo lo sé Todo.

Dimoni tragó saliva. Sudaba, y el cabello de ángel se le pegaba a las sienes. Entonces Dios pasó a una actitud más conciliadora:

—Sería incapaz de hacerte daño, granujilla. Al fin y al cabo, eres mi hijo, y eso me convertiría en un... Lo contrario de parricida. Infanticida, ¿no? Aunque tú ya no eres un niño...

—Creía que lo sabías Todo —apuntó Dimoni socarronamente, ya más calmado.

Dios se sonrió, y continuó diciendo:

—Vamos a lo que importa: la humanidad debe ser destruida, y no hay más que hablar. He venido observando a esos desagradecidos todos estos años, dándoles una oportunidad tras otra, y lo único que han hecho ha sido volverse cada vez más egoístas, maliciosos y superficiales... No todos, ojo. Encárgate de salvar a los bondadosos... Y a los graciosos también, ya sabes que siento debilidad por ellos. El procedimiento habitual, vamos. A fin de cuentas, este no es el primer Exterminio que llevamos a cabo. ¿Cuántos van ya?

—Éste será el Cuarto, Señor —respondió Dimoni.

—Aaah... Hay veces en que se siente uno viejo y cansado... En fin, reúne a los querubines.

Dimoni extrajo un pequeño silbato del bolsillo interior de su americana de tweed y lo hizo sonar.

—Tardarán un rato en llegar —dijo.

Entretanto, Dios se había levantado de la silla estilo Windsor donde había permanecido sentado todo ese tiempo. Parecía que rumiaba alguna idea molesta.

—¡Si hasta les perdoné lo que le hicieron a mi hijo espurio, *por el amor de Dios!* —gritó.

Padre e hijo intercambiaron una mirada cómplice, y rieron de buena gana. La brigada de rechonchos querubines, capitaneada por Serafín, se acercaba ya animadamente al clamor de: ¡Heil, papi!

Pese a su formidable despliegue tecnológico y armamentístico, la humanidad no pudo hacer frente a los experimentados y rudos, aunque no por ello menos adorables, angelitos de mejillas arreboladas, que cayeron sobre ella cual plaga bíblica, provistos de ametralladoras semiautomáticas y de arcos y flechas con punta en forma de corazón.

Esto es lo que yo llamo una clase magistral. ¿Sí o no? Soberbio. ¿Alguien tiene alguna duda? Sí, no, callaos un momento, que por ahí viene Dios.

—¡Qué pasa, tunante! ¿Cómo te va la vida? Veo que estás impartiendo una de tus famosas “clases magistrales” —dice Dios, abriendo y cerrando comillas como sólo Él sabe hacerlo.

¡Efectivamente! Qué bien me conoces, canalla. Aunque por lo que veo tú tampoco te aburres, ¿eh?

—Se hace lo que se puede para *matar* el tiempo. Ven, acompáñame a casa y nos metemos unos lingotazos, que hay que ponerse al día.

Espera, que están ahí mis alumnos, y los he dejado con la palabra en la boca.

—Profesor, yo tengo una duda.

¿Otra vez tú, Leguminosa? Te lo juro, me tienen ya muy hartos, le comento a Dios en un aparte. ¿De qué se trata, ricura?

—La peli que hemos visto..., ¿va a entrar en el próximo examen?—pregunta la aventajada alumna.

¡Me cago en Dios!, exclamo, e inmediatamente reparo en mis palabras, y me giro en dirección al aludido, con la ansiedad y el temor reflejados en mi rostro, pero Él, en su infinita Gracia, asiente, y me lanza un guiño de tan honda comprensión, que logra apaciguar todos mis pesares.





Lucía Yubero. En la otra costa